

LA VENGANZA DEL CEREBRO

LAW SPACE

La venganza del cerebro

Colección ESPACIO

La venganza del cerebro

por

Law Space

o-O-o

EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51 - 53
BARCELONA

Depósito legal B. 2940 - 1959

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. PERALTA — Pasaje de Núria, 8 — BARCELONA



CAPÍTULO PRIMERO


OS sitiales del amplio anfiteatro estaban ocupados por completo por los miembros del Directorio Mundial,

En pleno.

Frente a ellos, en el reducto destinado a los acusados, el hombre se movía inquieto, pasándose las manos por el rostro, como si desease quitar de su piel aquel sudor pegajoso que el miedo hacía brotar de todos sus poros.

No era un miedo físico, concreto, sino aquel temor espeluznante que todo hombre de ciencia experimenta ante la posibilidad de ver sus trabajos interrumpidos definitivamente, cuando, sobre todo, se considera cerca de la ansiada meta.

De ahí aquel sudor frío que le empapaba el cuerpo, que le corría por los hondos surcos que las arrugas y el tiempo habían ido dibujando en su rostro. De ahí los latidos descompasados de su corazón nada joven, y el temblor de sus delgadas y débiles piernas.

¿Cómo era posible que se hubiesen enterado?

Él no había dicho nada a nadie, simulando sus trabajos bajo la apariencia de ciertas investigaciones permitidas por el Directorio; pero, sin saber cómo (e indudablemente jamás conocería la causa), la noticia de sus verdaderos experimentos había llegado hasta ellos, que, desde hacía ya muchos años, imponían una obligada dirección a la ciencia.

El acusador oficial había abandonado su sitial, yendo a colocarse en lo alto de una pequeña tribuna desde donde iba a interpelar al encausado. Visto desde allí, colgado en aquella especie de nido plástico, con su ropaje intensamente

negro, parecía un cuervo dispuesto a lanzarse ávida e implacablemente sobre su presa.

El hombrecillo se pasó la mano por los labios resecos.

Ellos no podían comprender el alcance formidable de su descubrimiento, que, por otra parte, no conocían. Pero él estaba dispuesto a defenderse, costase lo que costase, luchando contra aquellos cerebros poco dotados y, sobre todo, encerrados en las márgenes estrechas de un estado policial, cuyo único poder residía en la fuerza.

La voz del acusador sonó de repente, desgarrando violentamente el silencio.

Era una voz campanuda, forzada, repleta de inflexiones raras que la hacían sumamente desagradable.

—Profesor Robert Collins. Ha sido usted convocado ante este Tribunal Especial para dar cuenta de las desviaciones que, en sus trabajos científicos, se han producido, separándose de la línea dictada por las autoridades superiores —se volvió hacia los que ocupaban los sitiales, detrás de la monumental mesa —. Excelencias, desconocemos aún los detalles de los experimentos del acusado, pero estamos seguros, por el espíritu de los mismos, que se trata de un verdadero peligro para nuestra sociedad, ya que iban destinados, según los informes recibidos, a una especie de supervivencia del cerebro, y esto es contrario a todas las leyes que el Directorio ha impuesto para el bien de los pueblos del mundo.

Eran palabras, palabras, palabras... y Collins experimentó una sensación de íntima repugnancia ante el vacío absoluto de lo que acababa de oír.

Uno de los miembros del Jurado Superior se levantó y saludando cómicamente al acusador, dijo, con una voz tan campanuda como la del otro:

—Excelencia, todos nosotros deseamos, antes de juzgar, conocer los detalles de los trabajos en los que se ocupaba últimamente el acusado. ¿No cree usted que lo mejor sería que él los expusiese?

—En efecto.

Se volvió hacia Roben.

—Ya ha oído usted, profesor. ¿Está dispuesto a ponernos en antecedentes de la índole de sus experiencias?

Eso era precisamente lo que Collins esperaba: que le dejasen hablar. Aunque, después de todo, tras escuchar a aquellos empavonados papagayos, no tenía mucha confianza en que le entendiesen.

—Mis trabajos —empezó a decir, entornando sensiblemente los ojos— han girado siempre alrededor del tejido nervioso. Desde que comencé mis estudios, en la Universidad, me llamó la atención un hecho, archisabido, pero que para mí no dejaba de tener una importancia extraordinaria y un significado especial.

—¿De qué se trataba?

Robert no hizo caso a la interrupción del acusador, ni lo miró siquiera. Seguía con los ojos semicerrados, viendo desfilar ante su mente aquellas imágenes de sus años mozos, llenas de impresiones fuertes, cuando su pasión por el estudio se había iniciado.

—Todo el mundo sabe —prosiguió diciendo, como si hablase consigo mismo— que el número de células nerviosas no se modifica jamás. Nacemos con las mismas que morimos, mientras que todas las demás células, las pertenecientes a los otros tejidos, nacen, crecen y mueren, renovándose constantemente. Esa formidable integridad de las neuronas no dejó de llamarme la atención, descubriendo mucho más tarde que no envejecen y que su estado es el mismo cuando nacemos que cuando dejamos de vivir...

—¡Llamo la atención del jurado —estalló el acusador— sobre las últimas palabras del acusado!

Collins levantó la cabeza, y sus ojillos, bajo las hirsutas y canosas cejas, se clavaron en el rostro del acusador. Las pupilas brillaban coléricamente.

—¿Hay algo malo en mis palabras?

Pero el acusador seguía mirando al tribunal y prosiguió, después de un breve silencio:

—Cuando el acusado habla de esa vitalidad de las células nerviosas es que intenta preparar el terreno para decirnos que su supervivencia es posible. Por eso me permito llamar la atención al jurado y al tribunal, advirtiéndoles del peligroso camino que inicia el profesor.

Robert se encogió de hombros.

—¿Puedo seguir? —inquirió con voz neutra.

—Sí.

Hubo una corta pausa y Collins, con una expresión de vehemencia en el arrugado rostro, continuó:

—¡Claro que la cualidad vital de las neuronas me hizo pensar en la supervivencia!

—¿Lo oyen, Excelencias?

Uno de ellos hizo un gesto.

—Rogamos al acusador que deje que el profesor nos explique...

Una luz de agradecimiento brilló en los ojos de Collins. Por lo menos, uno de ellos deseaba saber.

—Era clarísimo para mí que las neuronas morían en un estado de enorme vitalidad. ¿Y a qué era debido que algo con una fortaleza como la de las células nerviosas tuviese que perecer cuando podía aún vivir mucho más?

Lanzó una desafiante mirada a todos los que le rodeaban.

—¡La circulación sanguínea! ¡He ahí a la gran culpable de todo! Los vasos perdían su flexibilidad bajo la acción de la arterioesclerosis, y las células nerviosas, sin alimento ni oxígeno, se veían privadas de una vida que, en otras

circunstancias, hubiese durado mucho más, casi indefinidamente.

»Todos los medicamentos empleados en estos tiempos contra la senectud cerebral, todos los fármacos ideados para combatir esta vejez nerviosa no son, en esencia, más que activadores de la circulación, tanto venosa como arterial, ya que es primordial el procurar oxígeno y alimentos, como eliminar los desechos orgánicos que, como sabemos, son los venenos que terminan por matar las células.

»Por desgracia, ninguna de esas sustancias ha demostrado ser lo bastante activa como se pensaba. Fatalmente, poco a poco, el catabolismo supera al anabolismo, determinando la muerte inexorablemente.

Se detuvo, mirando hacia el tribunal.

—¡Ése es el triste destino de las nobles células nerviosas: la muerte! ¿Cómo quieren ustedes que no me rebelase contra esa ley destructiva que segaba un mundo lleno de posibilidades, como es el cerebro humano? Yo he disecado miles de cadáveres y contemplado siempre el mismo terrible espectáculo: unas neuronas llenas de ímpetu, ahogadas entre los restos de una circulación insuficiente...

—¿Qué intenta decir? —aulló el acusador.

—Algo muy sencillo: ¿por qué permitir que un cerebro privilegiado, una mente destinada a laborar para el beneficio de la humanidad, se malogre, en una traidora muerte, cuando podría seguir trabajando durante mucho tiempo más?

Se calló, entornando nuevamente los ojos, como si acariciase sus más íntimas ideas; después, con una voz apenas audible, continuó:

—Yo he descubierto una nueva circulación cerebral, algo que elimina definitivamente los peligros de la arterioesclerosis... ¡Yo soy capaz de hacer que el cerebro humano siga trabajando después de que el cuerpo haya muerto!

La sorpresa se pintó en todos los rostros.

En el del acusador, la mueca fue acompañada de un esbozo de sonrisa.

—Creo que han oído todos lo que el acusado acaba de decir.

Hubo un silencio.

—Veo —dijo Collins— que no llegan a comprender el alcance de mi descubrimiento. Todo mi deseo es evitar que se malogren esos cerebros que tanto bien pueden hacer al mundo. ¿No se dan ustedes cuenta de que muchos trabajos, llevados durante toda una vida, son interrumpidos por la muerte orgánica de un cerebro poderoso? ¿Qué no hubiese conseguido la humanidad si hombres como Aristóteles, Platón, Newton, Einstein y otros tantos hubiesen podido seguir pensando durante unos siglos más?

»La vida del hombre es demasiado corta para abarcar todos los aspectos del más pequeño problema. Yo no digo que ese límite no sea natural para el cuerpo. La estructura somática lo demuestra claramente; pero la naturaleza especial de las células nerviosas —el tejido más noble del organismo— nos

plantea nuevos problemas y es un deber nuestro ayudar a esos maravillosos cerebros que marcan una pauta en la vida del mundo. ¿Es acaso un crimen desear que los verdaderos servidores de la humanidad no perezcan prematuramente?

Hubo una pausa.

—¡Es un crimen!

El grito del acusador resonó fuertemente en el ámbito del anfiteatro, donde se había hecho un patético silencio después de las últimas palabras del profesor.

Éste bajó la cabeza.

Todas las ilusiones que se había hecho se habían venido ruidosamente por tierra.

Y el sudor volvió a expresar su temor a una condena que adivinaba ya.

Fue entonces cuando la voz de Harold Quarter, el poderoso presidente del Directorio, se dejó oír:

—Veamos, profesor. ¿Es cierto que usted ha logrado lo que ha dicho?

Una luz de esperanza se pintó en las pupilas del sabio.

—¡Sí, Excelencia! Y estoy dispuesto a demostrarlo.

—Bien —el tono de la voz del presidente era tranquilo, reposado—. Todo lo que acaba de decir es sumamente interesante; pero deseamos especificar ciertas premisas.

—Su Excelencia dirá.

—Es muy interesante el poder permitir que el cerebro siga funcionando después de la muerte. Justamente el Directorio necesita cerebros capaces de proseguir la gloriosa trayectoria que inició hace veinte años.

—No entiendo, Excelencia.

Harold sonrió.

—Está, sin embargo, muy claro, profesor. ¿Qué nos importa, en principio, la supervivencia de los cerebros de los sabios, muchos de los cuales nos han causado verdaderos perjuicios? Encuentro mucho más útil para la humanidad hacer que los hombres que la dirigen, que trabajan para mantener el orden en ella, puedan ejercer su mandato a través del tiempo.

Las manos de Collins empezaron a temblar.

—¿Quiere usted insinuar que debo ponerme al servicio del Directorio?

—Todo hombre consciente debe estarlo.

—Pero...

—¡Basta! Usted, profesor, puede convertirse en un bienhechor de la humanidad haciendo que los cerebros de los directores puedan laborar leyes y controlar la vida de la humanidad fuera del estrecho marco de la existencia. Sólo así podremos considerarlo como un colaborador digno de ese nombre.

Hubo un largo y pesado silencio.

—¿Cuál es su respuesta? —inquirió el presidente.

—¡¡No!!

Hubo una nueva pausa.

—¿Por qué? —inquirió Harold Quarter.

Robert respiró profundamente.

—Desde hace veinte años —dijo con voz tranquila— la humanidad soporta la más horrible de las tiranías, la más opresora de cuantas dictaduras conoció el hombre.

»¿Por qué ha de ser siempre igual? ¿Por qué el poder está contra la inteligencia, por qué desea ahogarla, aplastarla, someterla a sus absurdos caprichos?

»La respuesta se sabe desde el principio de los tiempos: la inteligencia es la hermana mayor de la libertad y ésta, como aquélla, son cortapisas de mucha importancia para el poder, cuando este se impone en contra de los deseos de los hombres.

»Roma, Grecia, el mundo entero ha sacrificado a sus pensadores cuando estos descubrieron la esencia podrida del poder. Y ahora, dos mil quinientos años después, nos encontramos con el mismo problema, con idéntica situación, con una parecida alternativa, ya que el poder desea utilizar los descubrimientos de la ciencia para consolidarse, para seguir imperando...

»No estoy dispuesto a que mi descubrimiento sirva para ahogar aún más al hombre. Lo hice para ayudarle, no para perjudicarle...

Harold levantó la mano, pidiendo silencio.

—Basta. Ya hemos oído bastante —se volvió hacia Eliot Cummins, el acusador.

—Su Excelencia tiene la palabra.

La sonrisa reapareció en el rostro de Eliot.

Por un momento había temido que el profesor y el presidente se entendiesen, privándole del placer de atacar, cosa con la que gozaba más que con nada.

Eliot odiaba la inteligencia. Habiendo llegado al alto puesto que ocupaba gracias a la influencia de su poderosa familia, emparentada con el presidente, sentía envidia por aquel hombrecillo que, con la mirada desafiante, había demostrado una gran superioridad mental.

¿Para qué necesitaban la inteligencia en libertad?

Había muchos cerebros poderosos sometidos por el Directorio y que obedecían mansamente a cuantas instrucciones les eran dadas. Todo estaba perfectamente montado, estupendamente organizado y no había necesidad alguna de que un cerebro como el de Collins viniese a perturbar la marcha de las cosas.

—El tribunal ha podido percatarse claramente —dijo con voz campanuda

— de que los temores que expresábamos al principio no eran equivocados. El profesor Collins constituye un verdadero peligro para la sociedad y para el mundo.

»¿Se imaginan vuestras Excelencias lo que podría ocurrir sí, por ejemplo, un cerebro como el del propio profesor perdurase a través del tiempo, combatiendo el orden establecido? ¡Ya es bastante que tengamos que soportarle ahora!

»No creo que sea necesario tampoco prolongar indefinidamente esta reunión, ya que estoy seguro de que vuestras Excelencias pueden, en este mismo momento, dictar la sentencia que convenga...

Hubo un silencio y Harold se levantó, mirando al profesor, que había tornado a sudar abundantemente.

—Nuestro veredicto es el siguiente: profesor Collins, queda usted relevado de todos los puestos de enseñanza que tenía hasta ahora, así como privado de su personalidad científica, prohibiéndosele por completo toda clase de investigación... El laboratorio de la Universidad estará cerrado para usted, así como todos los demás centros de investigación, en los que no podrá entrar bajo ningún pretexto. Todos los aparatos que haya hecho serán inmediatamente destruidos y su nombre borrado de la Enciclopedia Científica. He dicho.

Robert, el viejo Robert, se pasó la mano por la frente.

Ya no tenía nada que hacer allí, y saliendo del estrecho espacio destinado a los acusados, se dirigió lentamente, con la cabeza gacha, hacia la puerta.

Estaba definitivamente vencido.

Le hubiese gustado mil veces más que le hubieran condenado a muerte, que le borrasen de un mundo en el que vivir sería lo peor que podría ocurrir.

¿Qué haría él privado de todo cuanto amaba y que era la verdadera esencia de su vida?

Sus pasos eran vacilantes.

Atravesó el largo pasillo desierto del Palacio de Justicia. No había nadie allí, ni periodistas, ni empleados de la televisión. La causa se había llevado secretamente, porque el poder estaba seguro de la sentencia que había preparado de antemano.

Así se encontraría a partir de aquel momento: completamente solo. Sus alumnos y admiradores le evitarían, para no causarse un perjuicio posible, las puertas de los laboratorios se cerrarían ante él y nadie querría, a partir de entonces, oír aquellas conferencias que tanta admiración habían despertado semanas antes.

Era como si hubiese chocado contra un impenetrable muro, estrellándose, saliendo tan mal parado de aquel encuentro como si se hubiese hecho pedazos y dejado de ser.

El sol le envolvió al salir del edificio, cegándole.

Uno a uno, bajó despacio, infinitamente cansado, los escalones de mármol que conducían a la acera. Se daba perfecta cuenta de que ya no era el mismo y que el verdadero profesor Collins que había entrado una hora antes en aquel Palacio de Justicia se había quedado allí dentro, en los papeles que, en aquel momento, debía estar firmando Harold Quarter, bajo la triunfante mirada del acusador.

En aquel momento alguien le puso una mano sobre el hombro.

—Profesor...

Levantó la cabeza.

Un rostro joven, que no conocía en absoluto, le sonrió simpáticamente.

—¿Qué quiere usted?

—Venga. Le llevaré en mi coche... Tenemos que hablar.

Robert se encogió de hombros.

¿Qué podía importarle en aquellos momentos lo que el joven deseaba decirle?

Sin embargo, incapaz de encontrar fuerzas en su abatido espíritu, siguió a su interlocutor, dejándose caer en el interior del coche, que se puso en marcha inmediatamente.

CAPÍTULO II



AT SUMMER encendió otro cigarrillo, utilizando la colilla del anterior, que dejó en el cenicero, después de aplastarla concienzudamente.

—No tardará en volver —dijo.

En el otro extremo de la estancia, Ruby, con la cascada de sus cabellos rubios cayéndole sobre los hombros desnudos, se estiró glotonamente como una gata.

—No comprendo a Will, de verdad.

—Ninguno de nosotros le comprendemos —dijo Pat—. Y menos ahora. ¿Para qué demonios habrá ido en busca de ese profesor?

—Quizá desee utilizarlo —apuntó Lewis, que estaba de pie junto al bar.

—No lo creo —intervino Joe, sentado junto a Pat—. ¿Qué podíamos hacer

con un hombre viejo que, según tengo entendido, se pasa el día abriendo la cabeza a los cadáveres?

—¡Qué horror! —exclamó la muchacha—. Espero que no intentará darme la mano cuando venga.

Todos sonrieron.

—No temas, Ruby... El profesor es un caballero distraído y ni se dará cuenta de tu presencia.

—¡Muy amable! —rezongó ella.

Hubo una pausa, y Joe, cuyo entrecejo estaba fruncido, rompió el silencio momentos después.

—Habrá que decir a Will que llevamos tres semanas sin hacer nada.

—Es verdad —dijo Pat. Y mirando a Lewis—: ¿Repasaste las toberas, Cameron?

—Sí.

—¿Era grave?

—No mucho. La culpa fue de haber forzado el aparato en la última salida.

Pat sonrió.

—¿Es que no te acuerdas de la patrulla que nos seguía, amigo mío? ¿Qué querías que hiciese?

—Yo no te culpo de nada; sólo he dicho que se recalentaron demasiado.

—Igual debió ocurrirles a ellos.

—No.

—¿Por qué?

—Porque sus astronaves no iban cargadas como la nuestra. Además, ellos acababan de despegar de la Luna y nosotros llevábamos unos cuantos millones de kilómetros hechos.

—¡«Leo» se porta como un valiente!

—Es un buen aparato, pero no tenemos que abusar de sus buenas cualidades mecánicas. El mejor día puede cansarse y darnos un serio disgusto.

Ruby se pasó lánguidamente la mano por los cabellos.

—Decid a Will que compre otra astronave.

—¡Nada más fácil! —rió Pat—. ¿No sabes que, desde que empezamos a trabajar, el Directorio controla cada venta y un buen montón de cosas? Hasta creo haber oído que las mismas Compañías de Astronavegación están obligadas a entregar sus viejas astronaves el mismo día en que dejan de prestar servicio.

—¿Por qué hacen eso? —inquirió la muchacha.

—Para evitar —la sonrisa se acentuó en los labios de Joe— que las empleemos nosotros.

—Hasta ahora hemos tenido mucha suerte —suspiró Cameron.

—La suerte que merecíamos —repuso vivamente Pat—. Con un hombre como Will a nuestro lado la suerte no puede volvernos la espalda.

—¿Me tengo que poner colorada de orgullo? —inquirió la joven con una mueca.

Pat Sumer la miró.

De muy buena gana le hubiese dicho que no debía tomar a risa a Will.

«¿No recuerdas —pensó— lo que eras antes de que Will te encontrase? Trabajabas en un salón de mala muerte, rompiéndote la garganta, de la que no lograbas jamás sacar nada agradable... Ahora tienes cuanto deseas y tus caprichos son leyes para Will Spencer...».

Y en voz alta dijo:

—Sí que tienes que estar orgullosa, Ruby; él lo merece.

Ella se encogió de hombros.

—Vosotros tenéis la culpa de que lo tome un poco a risa. Cuando habláis de él parece que os refirieseis a un superhombre, a un dios... Quizá sea porque le hacéis tan grande a mi lado que yo me veo reducida a la nada.

—Tú eres todo para él —dijo Joe.

—Ésa es la única cosa que me mantiene a su lado.

La miraron con asombro.

Y Lewis, que había palidecido intensamente, preguntó:

—¿No dirás la verdad, Ruby?

—¿Qué quieres, decir?

—Tú debes quererle.

Ella le miró desafiante.

—¿Y si no fuese así?

Leyó en todos los ojos algo que le produjo un escalofrío; pero, dominándose, llegó a articular trabajosamente:

—¿No sabéis, pedazos de imbéciles, distinguir una broma de algo serio?

Sonrieron.

Todos menos Pat, que, mordiéndose los labios, se quejó:

—No me gustan esa clase de bromas, Ruby.

Ella le miró, poniendo todo el desprecio que sentía por aquel hombre. Y por todos.

Recordó que al principio estuvo segura de que algunos de ellos le declararían su pasión, sobre todo en aquellas semanas interminables en el interior del «Mystére». Pero nada de eso había ocurrido y ellos le habían demostrado una fidelidad sin límites hacia Will.

¡Imbéciles!

Ella estaba acostumbrada a que los hombres se peleasen por una sonrisa de sus labios, por una mirada, que la rodeasen, admirándola y haciendo que se

sintiese hermosa; pero aquí, salvo lo que Will le decía, ninguno de aquellos hombres —y todos eran jóvenes y bien parecidos— le había dirigido la menor palabra amable, tratándola como un camarada más y considerándola con el respeto que sentían hacia las cosas que eran exclusiva pertenencia de Spencer.

¿Qué otra cosa podían hacer para herirla profundamente?

Experimentaba ser una prisionera en un palacio de cristal, donde todos sus caprichos eran ciegamente obedecidos y convertidos en realidad, pero el poseer todo la hastiaba y hubiese dado cualquier cosa por poder regresar —acompañada, naturalmente, de todas las riquezas que ahora poseía— al ambiente donde Will la había encontrado.

—¿Crees que Will tendrá algún plan concreto? —inquirió en aquel momento Joe.

Pat repuso:

—Seguro. Hay que comprar carburante, y ya sabes lo que cuesta ahora, sobre todo desde que, por nosotros, está controlado.

—Muchas veces he temido que llegase el día en que nadie desease vendernos.

—Eso no puede ocurrir. Will lo paga a un precio con el que nadie puede competir. Además, la gente que nos lo vende está contenta de nuestro trabajo... y hasta nos encarga alguno que otro.

Intervino Cameron:

—¿Se os ha ocurrido pensar en lo que ocurriría si el Directorio dejase de existir?

—¿Te has vuelto loco, Lewis?

—¿Por qué? Después de todo, no hacemos más que asestarle golpe tras golpe. Y ya sabes que pasa verdaderas dificultades, sobre todo desde que les privamos de aquel cargamento de plutonio.

—Son demasiado fuertes.

—Yo ya le dije a Will que debíamos ceñirnos a los trabajos que nos encomiendan, pero...

—No puede ser —replicó vivamente Pat—. ¿De qué viviríamos? Tenemos muchísimos gastos y, además, creo que merecemos una satisfacción por el trabajo que hacemos. No hay que olvidar que, la mayoría de las veces, nos jugamos el pellejo.

—Todas las veces.

Una luz se encendió en uno de los muros.

—Ya está aquí.

Todos se levantaron y Ruby hizo desaparecer el abandono de su aspecto, sentándose convenientemente.

Joe se dirigió hacia la puerta, abriéndola hacia él, justo en el momento en que los dos hombres desembocaban, saliendo del ascensor, en el piso.

—Pase, profesor —dijo Will jovialmente.

Y una vez dentro, tras haber cerrado la puerta, preguntó:

—¿Qué hay, muchachos?

—Ya lo ves —resumió Pat, contestando por todos.

Spencer se acercó a Ruby y la besó en la frente.

—¿Estás bien, querida?

—Muy bien.

Collins se había quedado junto a la entrada y miraba a aquellos hombres a los que veía por vez primera.

Will se acercó a él y señalando a los demás:

—Voy a presentarle a mis amigos, profesor... Este es Pat Sumer, mi lugarteniente y, al mismo tiempo, un químico excelente. Este es Lewis Cameron, un mecánico de los buenos, especialista en astronaves; este otro es Joe Quimper, nuestro galeno... y aquella es la señorita Ellerson, Ruby para todos nosotros, mi prometida.

Robert se inclinó ante la joven y estrechó las manos que los hombres le fueron tendiendo a medida que eran presentados; después, volviéndose al jefe:

—Creo que ha llegado el momento, señor...

El joven sonrió:

—¡Es verdad! Había olvidado, neciamente, de presentarme. Me llamo Will Spencer, profesor Collins, y mi profesión es la de ingeniero.

—Encantado, señor Spencer; pero antes, me refería a la necesidad de que me explique el porqué de...

—¡De acuerdo, profesor! Tenga la amabilidad de sentarse y dígame, antes, si le vendría bien una taza de té. Después de lo que ha pasado en el Palacio de Justicia, creo que sería una buena contramedida.

Robert sonrió y contestó:

—Acepto encantado.

—Bien. Pat va a hacernos el favor de prepararnos ese té. Ahora, si me hace el favor, pasemos a mi despacho.

Le precedió y cerró la puerta detrás de ellos.

La sala era cómoda y contenía, además de una maciza mesa metálica y unos sillones comodísimos, altas estanterías que cubrían parcialmente las paredes.

Collins echó una rápida ojeada a los lomos de los libros, percatándose de que todos ellos trataban del comercio del espacio.

—¿Fuma usted, profesor?

—No.

—Bien.

Will se sentó frente a su invitado, encendiendo un aromático cigarrillo.

—Ya sé —empezó a decir, con una sonrisa en los labios— que debe estar usted extrañadísimo de lo que ha ocurrido hoy. La primera parte, el juicio en el Palacio de Justicia, lo esperaba usted; la segunda, mi aparición... creo que no contaba con ella.

—Así es.

—No importa ahora decirle cómo logré enterarme de que iba usted a ser juzgado, lo verdaderamente interesante es que yo deseaba recogerle a la salida del Palacio de Justicia, justo en el momento en que usted, naturalmente, debía sentirse completamente solo.

—¿Cómo lo sabe?

—No es nada del otro mundo, profesor... Conozco a los miembros del Directorio y estaba seguro de que no le perdonarían, Joe Quimper asistió a algunas de sus conferencias y ya conocíamos la clase de trabajos en los que usted andaba enfrascado.

—¿El señor Quimper es ese joven moreno al que usted me presentó como médico?

—El mismo.

Hubo una pausa.

—Yo no quería, profesor, que usted se sintiese solo, abandonado, fuera de su ambiente como un pez lejos del agua. Deseaba demostrarle que hay gente, más de la que usted mismo piensa, que sigue considerándole como antes: es decir, más que antes, ya que la simpatía por un hombre aumenta en razón de la persecución de que le hace objeto el Directorio.

—No sabe cuánto le agradezco...

—No, profesor. No ha de agradecerme nada. La Justicia no está, como usted sabe, en aquel edificio del que acaba usted de salir. La Justicia está fuera, con las gentes que sufren una opresión como jamás se ha conocido.

—Es verdad.

Pat entró entonces, colocando el servicio sobre la minúscula mesita que separaba a Will del profesor; después, tan silenciosamente como había entrado, salió, cerrando cuidadosamente la puerta.

El sabio empezó a beber a pequeños sorbos.

—Hay, sin embargo, profesor —siguió diciendo el joven—, algo que deseo aclarar inmediatamente, ya que no me gustan las situaciones turbias y quiero que sepa usted, desde ahora mismo, quiénes son la gente con la que se encuentra.

Collins dejó la taza sobre el plato y levantó los ojos, mirando al otro. Era indudable que una pequeña turbación había aparecido en el rostro de Spencer; pero, si fue verdad, no duró más que una fracción de segundo.

—Le escucho.

—Bien. ¿Ha oído hablar de los piratas del Espacio?

—Evidentemente; pero no comprendo...

—Ya lo sé. No comprende qué vienen a hacer aquí esa gente. Nosotros somos los piratas del Espacio, profesor.

—¿Eh?

Las hirsutas cejas se arquearon y la boca de Robert Collins se abrió, quizá más de lo normal.

—¿Le extraña?

—Pues...

—Sí, profesor. Le extraña y hasta es posible que le horrorice, que le asquee... y es natural. Se ha hablado tanto de nosotros, de los «canallas que dejan sin luz ni energía a gran parte de la población», «de los que dificultan el desarrollo económico del mundo», «de los que no tienen moral alguna y obran para su propio lucro...». Tantas y tantas cosas, profesor, que no es nada extraño que usted, como la mayoría, desee vernos justamente castigados.

Había una luz de conmiseración en las pupilas del anciano.

—¿Por qué hacen eso, señor Spencer?

—¡Precisamente la pregunta que yo esperaba! Combatimos al Directorio, profesor.

—Pero...

—Ya sé. La lucha es dura y las consecuencias suelen pagarlas, casi siempre, la gente que no tiene culpa de nada. Es natural que si falta plutonio no escasee en las pilas que calientan y dan energía a las estupendas instalaciones donde viven los miembros del Directorio; es natural que sean los mineros de Marte y Venus los que paguen, al no percibir las primas que las Compañías les abonan cuando la mercancía llega a la Tierra... ¡como si ellos fueran los responsables del transporte!

»¿No están suficientemente claros los manejos del Directorio, profesor Collins? Hacer recaer todo lo que nosotros hacemos sobre las poblaciones indefensas y crear una aureola de impopularidad hacia nosotros, logrando que todo el mundo nos desprecie o nos odie.

»Y no es que seamos totalmente puros, profesor, lejos de eso. También nos aprovechamos de algunos de nuestros trabajos; pero, en general, no hacemos más que minar la seguridad del Directorio y contribuir a su caída.

—Comprendo.

Y después de una pausa:

—Espero que no me habrá traído aquí para incorporarme a su...

—¿A mi banda? ¿Por qué no utilizar las palabras justas, profesor? —había un poco de amargura en la sonrisa de Will—. No, no ha venido usted para eso, señor... Sólo deseamos que usted no se pierda, que su maravillosa inteligencia no se malogre, que sus estupendos trabajos se prosigan.

Ahora fue Robert quien sonrió tristemente.

—Eso no puede ser ya, señor Spencer. El profesor Collins ha quedado en el Palacio de Justicia.

—¡No! El profesor Collins está aquí, delante de mí. Hay un laboratorio preparado para usted... fuera del alcance de la policía del Directorio, en un lugar donde no llegarán jamás. Usted no tiene más que decirme lo que necesita para encerrarse allí y proseguir sus trabajos con toda tranquilidad.

Robert miró fijamente a su interlocutor.

—Todo eso es muy hermoso, señor Spencer, y crea que me llena el corazón de alegría; pero, lamentándolo mucho, no puedo aceptarlo.

—¿Por qué?

—Porque me he negado, ante el Directorio, a utilizar mis trabajos para fines que no sean nobles.

—¿Y quién le pide a usted algo?

Había un tono violento en las palabras de Will, que prosiguió con vehemencia:

—Nadie desea utilizar sus servicios para ningún fin, profesor. Como puedo asegurarle que nadie entrará en su laboratorio sin que usted lo desee... Sólo deseamos que trabaje y que sea usted mismo, cuando lo crea conveniente, quien precise la utilización de sus investigaciones; pero, profesor, óigame bien: si no desea nunca, nunca, utilizar sus trabajos sobre el cerebro humano, tampoco nos importa... ¿Entendido?

Collins estaba confuso y un tanto avergonzado de su desconfianza; pero ¿no era natural desconfiar cuando se acababa de salir del Palacio de Justicia?

Así se lo dijo a Will, expresándole sus excusas.

Spencer, ya tranquilizado, sonrió:

—No tema, profesor. Usted tendrá su torre de marfil, donde podrá trabajar fuera de las garras del Directorio. ¿No es eso lo que le interesaba?

Collins asintió.

—Empiezo a creer que los piratas del Espacio son una cosa muy distinta a lo que todo el mundo cree...

CAPÍTULO III



ETER QUARTER, a pesar de su nombre, igual al del presidente del Directorio, no era pariente de él; pero, justamente, por la identidad del apellido, cuyo origen desconocía, había sido llamado por Harold y, después de una larga charla, encargado de la dirección de la policía del Espacio.

Peter estaba acostumbrado, desde pequeño, a que las cosas le fuesen bien.

Y, en efecto, la suerte le había mimado siempre; es decir, hasta que los piratas habían aparecido en las rutas de las astronaves de carga.

Desde aquel momento la estrella de Peter parecía haber empezado a declinar y las comunicaciones que recibía de la Tierra, casi todas ellas firmadas por el propio Harold, no eran nada amables.

El jefe de policía, sin embargo, había dedicado todos sus esfuerzos a la captura de aquellos granujas que destruían o robaban la preciosa carga de los espaciocohetes que, saliendo de Marte y Venus, llevaban energía y calor a las pilas atómicas de la Tierra.

Durante días y días, sin concederse el menor descanso, ni concedérselo a sus colaboradores, Peter Quarter había recorrido el espacio en todas direcciones, siguiendo los caminos que los piratas acostumbraban a emplear. Pero nunca encontró nada.

Además, para aumentar su inquietud y su rabia, parecía que algo extraño ocurría en las pantallas de radar, antes tan precisas y que ahora no percibían más que datos erróneos que, la mayor parte de las veces, hacían andar de cabeza a las patrullas que salían en busca de inexistentes objetivos.

Claro que de no haber sido por Dunkan, su lugarteniente, haría tiempo que Peter se hubiese visto irremisiblemente obligado a presentar la dimisión.

James Dunkan era un hombre astuto, hábil, lleno de dobleces y con una gran experiencia, capaz de encontrar solución a lo que no la tenía. Así, aprovechándose de una manifestación de protesta que los mineros de uno de los yacimientos de uranio de Marte habían hecho contra la medida de no abonarles las primas llamadas de «transporte», había cogido a cuatro de los más significados, vistiéndolos de astronautas, después de matarlos y haciendo que Peter los presentase al Directorio como los tripulantes de «una de las naves piratas», valientemente interceptadas en el espacio.

El Directorio había aplaudido aquel hecho y Peter pudo respirar, congratulándose de contar con el apoyo del formidable Dunkan.

Sin embargo, las destrucciones y capturas de astrocargos habían proseguido y el Directorio había vuelto a lanzar sus anatemas contra la poca efectividad de la policía espacial.

En su flamante despacho, situado en la más alta de las tres cúpulas que el Cuartel General de la Policía ocupaba en la Luna, Peter pensaba amargamente en todo lo que iba a perder por culpa de los piratas, que parecían dispuestos a no dejarle un solo momento de reposo.

Le estaban preparando su astronave, ya que deseaba hablar con el presidente —su homónimo de apellido—, al que quería presentar una petición oficial, de forma a poner en práctica un plan que había salido de la privilegiada y maligna cabeza de James Dunkan.

Éste entró, justamente en aquel momento, en el despacho.

—Ya puedes irte cuando quieras, Peter.

—¿Está todo preparado?

—Sí...

Hubo una pausa.

James observaba detenidamente a Quarter. Sus ojillos parecían querer perforar la frente del otro y penetrar en su cerebro.

—No pareces muy contento de tu viaje —dijo.

—Lo estoy, pero al mismo tiempo no dejo de estar fatalmente preocupado.

—¿Por qué?

—No sé. Entre nosotros, Dunkan, no caben engaños. Bien sabes que no hemos logrado nada respecto a los piratas...

—¿Crees que nos preocupamos de otra cosa? Los técnicos han repasado los aparatos de radar sin encontrar nada que explique su deficiente funcionamiento. Tú mismo vas a ver al Directorio para obtener permiso para poder montar el más formidable cepo de todos los tiempos... en el que, sin duda alguna, caerán.

—¡Ojalá tuviese yo tú mismo optimismo!

—¡Has de tenerlo!

—¿Tú crees?

—Claro. ¿Cómo quieres ganarte la voluntad de los miembros del Directorio si no pones calor en tus palabras, si no se dan cuenta de que tú eres el primer convencido de todos?

—Es verdad.

—No lo dudes, Peter: esos granujas caerán en el cepo y nosotros podremos seguirlos para destrozarlos. No, no pueden esperarse una sorpresa como la que les estamos preparando, pero necesitamos el permiso del Directorio, necesitamos de su magnífica propaganda...

—Ya sé.

—Bien. Prepárate y ve a la Tierra. Puedes, antes de ver al Directorio, divertirte un poco —y ante el gesto de Quarter—: ¡Bah! Ya te conozco... Echas de menos las faldas, ¿verdad?

Peter sonrió.

—Sí —dijo.

—¡Diviértete entonces... y no olvides tu misión!

—No, no la olvidaré.

—Vamos.

Salieron hasta el lugar donde la esfera comunicaba directamente con la astronave que esperaba al jefe de la policía espacial.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

—¡Suerte!

—La tendré.

—Así me gusta, que seas optimista.

Peter sonrió.

Momentos después la astronave ascendía, dejando un trazo rojo en el espacio y desapareciendo casi enseguida del campo visual de Dunkan, que, corriendo, volvió hacia los departamentos interiores de la cúpula.

* * *

—Querido...

—¿Eh?

Will debía estar reflexionando, porque apenas si levantó la cabeza de los papeles que estaba consultando.

—Creo que no me escuchas...

Él se volvió hacia ella y la encontró más hermosa que nunca.

—¿Qué quieres, Ruby?

Ella hizo una deliciosa mueca; después, empezó:

—Verás, Will... quería salir a comprar alguna cosa...

—¿Y por eso pones esa cara?

—Creí que ibas a enfadarte.

—¿Por qué?

—Como no quieres que salga sola...

Él frunció el entrecejo.

—¿Es que quieres salir sola? ¿No deseas que te acompañe?

—No es eso, amor mío... Estoy a tu lado todo el tiempo... ¿no comprendes? Sólo un pequeño paseo por la ciudad, moviéndome entre la gente, sintiéndome como ella... ¡Lo deseo tanto, cariño! Hace mucho tiempo que no me paro ante un escaparate, que no entro en un bar para beber algo; en fin, que no respiro unos momentitos, como yo deseo...

Will sonrió.

—Comprendo. Quizá no me haya dado cuenta y deberás perdonarme...

—No tiene importancia.

Se acercó, melosa, acariciándole los cortos y espesos cabellos, que llevaba al estilo de los pilotos del espacio.

—¿Me dejas salir entonces?

—¡Naturalmente! ¿Tienes dinero?

—Un poco.

Él le entregó un fajo de billetes.

—Toma. Puedes gastarlo todo... Nos vamos mañana.

Ella se extrañó.

—¿Mañana?

—Sí. ¿Te importa?

Ella sonrió ahora.

—No. Estoy contentísima de volver a «Mystére».

—Me alegra que sea así.

Y después de una breve pausa dijo:

—Ya sé, querida, que lo que te exijo es demasiado. Yo quisiera tenerte aquí, en la Tierra, viviendo como las demás parejas; pero eso, como tú sabes, es completamente imposible por el momento. Estamos enzarzados en una lucha atroz y no podremos respirar como seres normales ni gozar de esa maravillosa libertad por la que peleamos hasta que nuestros enemigos sean destronados.

—Ya lo sé, amor mío.

¡Claro que lo sabía!

Pero no era lo bastante estúpida para creer que aquel insignificante puñado de hombres pudiese derrocar un poder como el que poseían los miembros del Directorio Mundial. Hubo muchos intentos, pero todos fueron tan inútiles como onerosos para los que se atrevieron a levantarse contra el poder.

Más tarde o más temprano —de eso no tenía ya ninguna duda—. Will y sus amigos terminarían cayendo, como tantos otros. Y ella, que había cometido el error de unirse a aquel puñado de soñadores, se vería envuelta en algo que podría ser definitivamente perjudicial para su futuro.

Momentos más tarde, cuando salía del edificio donde se alojaban Spencer y los suyos, pudo darse cuenta de cuánto significaba para ella la calle, la gente, las elegantes tiendas y la maravilla de la ciudad animada como una joven.

Pasaba meses y meses, a veces, en «Mystére». Y, aunque allí poseía todas las comodidades imaginables, estaba completamente sola, perdida la mayoría de las veces en un ensueño malsano que la impulsaba a la desesperación.

Se sintió como nueva al pasear por las amplias avenidas de la ciudad, experimentando una alegría indecible.

Tenía que hacer algo.

Pero al mismo tiempo, sin poder remediarlo, sentía un miedo tremendo a lo que Will haría si ella se atreviese a traicionarle.

Conocía perfectamente a Spencer y había de confesarse que no era a él a quién temía más, sino a Pat, el hombre que quería a Will por encima de todo.

—¡Asqueroso cerdo!

Nunca había conocido a alguien que idolatrase a una persona como Pat a Will Spencer. Sumer hubiese sido capaz de arrancarse él mismo los ojos antes de soportar que ocurriese algo a su amigo y jefe.

Y aquello era lo que hacía temblar a la joven.

Por otra parte, estaba segura de que Pat era el único de todos, incluido el propio Will, que se había dado cuenta de que ella no amaba a Spencer y que

sólo la riqueza que él le había proporcionado constituía el motor que la había impulsado hacia el joven.

La vista de las cosas agradables que estaban expuestas en los escaparates le hizo olvidar aquellas ideas pesimistas, proponiéndose pasarlo lo mejor posible.

Y fue justamente entonces cuando la suave música, procedente de un local, llegó hasta ella.

No se extrañó demasiado al comprobar que sus pasos la habían llevado hasta el «Eldorado», salón donde trabajaba antes de conocer a Will. Lo consideró completamente normal, ya que encontraba natural que su inconsciente la guiase hasta allí.

Una emoción cuajada de recuerdos se apoderó de ella.

No había vuelto allí desde hacía ya tres años, pero jamás pudo olvidar la vida que gozó en aquel lugar, donde era admirada y requerida por todos.

Sonrió.

¿Por qué no iba a ser posible volver allí ahora que tenía riquezas y dinero?

Claro que lo difícil era volver a «Mystére» y traerse todo lo que poseía allí. Tendría, en el peor de los casos, que limitarse a coger lo que había comprado en la Tierra.

¿Qué le importaba más? ¿Las riquezas o aquella libertad que tanto ansiaba y de la que —sin saber exactamente de qué se trataba— hablaba constantemente Will?

Penetró en el local, bastante lleno a aquellas horas de la tarde, y se sentó en una de las mesitas más apartadas. El personal era nuevo, incluso el dueño, y no corría peligro alguno de ser reconocida.

El ambiente la penetró profundamente, como si un aroma cargado de nostalgia la envolviese por completo.

¡Aquella era su vida!

Encendió un cigarrillo y, entornando los ojos, dejó que los recuerdos fuesen desfilando por su mente, todos ellos llenos de esa congoja que proporciona un pasado que se echa de menos.

—¿Me equivoco?

La voz que sonó a su lado la hizo estremecer, sacándola del mundo delicioso en el que en aquellos momentos estaba sumida.

Él estaba junto a la mesa, mirándola curiosamente.

Era alto, bien parecido e iba impecablemente vestido, demostrando, por su atuendo, ser un personaje importante.

—No recuerdo... —dijo ella con una leve sonrisa.

—Yo sí. Usted, por mucho que se esconda en esta mesita, es y será siempre la famosa Ruby Ellerson, a quien jamás me cansé de admirar en esta misma sala.

Se sintió infinitamente feliz al comprobar que no había sido olvidada y que los hombres —los hombres cómo aquel— seguían admirándola.

—Yo no falté una sola noche cuando usted, señorita Ellerson, hacía las delicias del selecto público que llenaba estas mesitas. ¿Cómo dejó de sernos fiel?

La sonrisa se acentuó en los labios de ella.

—Cosas de la vida.

—¡No es posible! Usted ha nacido para ser adorada, para que la felicidad se rinda a sus pies. No me diga que sufre, porque entonces no comprenderé jamás la esencia de las cosas.

—Habla usted muy bien, señor...

—¿Puedo sentarme?

—Sí.

—Me llamo Peter Quarter.

—¿Quarter? ¿Cómo nuestro presidente?

—Sí.

—¿Es usted... pariente suyo?

—En cierto modo, sí. Además, Ruby, soy su jefe de policía espacial.

Ella no pudo evitar un estremecimiento y él se dio cuenta de ello.

Preguntó:

—No irá a temerme, ¿verdad, preciosa? Jamás me dedicaré a perseguir, desde el punto de vista policial se entiende, a mujeres como usted.

—Menos mal.

—Nosotros no cazamos más que criminales, como esos piratas del espacio que tanto daño nos han hecho.

Ella tuvo que hacer un esfuerzo para dominar el temblor de sus manos; pero lo consiguió a pesar de todo.

—Sí, es un asunto muy desagradable —dijo con voz neutra.

—¡Y que usted lo diga! Aunque ya veremos si siguen haciendo de las suyas.

—¿Tiene algún plan concreto?

Él la miró, entre divertido y extrañado.

—No será usted una espía, ¿verdad?

—¿Yo? —lanzó una carcajada que, a pesar de todo, sonó a falso—. ¡Ojalá ofreciesen un buen premio para el que lograse dar información!

—Lo hay: diez millones de «cosmos». ¿Sabe usted algo, Ruby?

Esta vez ella no logró evitar que la palidez cubriese intensamente su rostro.

—¿Yo? ¿Qué quiere usted que sepa una pobre mujer?

—Lo comprendo.

Pero Peter se había percatado de que algo no iba por su recto camino en el

comportamiento de aquella muchacha, demasiado nerviosa para, como afirmaba, no saber nada.

—Dejemos ese asunto —dijo, volviendo el rostro hacia la orquesta, que había empezado a tocar una suave melodía—. ¿Quiere usted bailar?

—Bueno.

Él la apretó contra su cuerpo, uniendo su mejilla a la de la muchacha y dejándose arrastrar por la cadencia suave de la música.

Permanecieron unos instantes en silencio, compenetrados íntimamente con el arabesco que les hacía describir la melodía.

Luego:

—¿Por qué sufre inútilmente, Ruby?

—¿Yo?

Él continuó hablando suavemente.

—Sí... Déjeme hablar, por favor... Yo puedo comprenderlo todo... incluso lo que una mujer puede hacer cuando cree estar profundamente enamorada. Además, ¿se da usted cuenta de lo que significan diez millones de «cosmos»? Con esa cantidad y un hombre dispuesto a hacerla feliz de verdad, la vida puede llegar a merecer el ser vivida...

Ella cerró los ojos, dejándose llevar por aquel tumultuoso torrente que la iba envolviendo.

—Yo haría que nadie supiese nada... respecto a usted, Ruby... Absolutamente nada. La denuncia sería anónima hasta el momento en que se hubiese terminado con todos...

No, las fuerzas le faltaban y era imposible negarse, abandonar aquella ocasión que parecía haber sido colocada ante ella en el momento más oportuno...

CAPÍTULO IV



AT aceleró al máximo, frunciendo el entrecejo.

¿Por qué diablos se sentía tan intranquilo?

Realmente, no había motivo para ello, ya que todo iba bien y que el profesor llevaba dos semanas en «Mystére», completamente convencido de que los piratas no deseaban aprovecharse de sus experimentos, sino darle la oportunidad de proseguirlos con entera libertad.

Pero...

Sí, había aquella inesperada enfermedad de Ruby, que había hecho que Will se quedase en la Tierra, interrumpiendo momentáneamente las «operaciones» del grupo.

Spencer estaba preocupado, sobre todo porque la muchacha, temiendo que alguien conociese la presencia del grupo en la ciudad, se había negado rotundamente a que un médico la visitase.

Era un verdadero contratiempo.

Y además...

Pero eso era completamente distinto y Pat tenía que reservárselo para él sólo, ya que jamás se atrevería a decírselo a Will. Éste era incapaz de comprender el peligro que una mujer como Ruby significaba para todos ellos. El amor le había cegado por completo, vedándole el camino del más elemental sentido común.

Sumer se preguntó una vez más —como lo había hecho mil veces— si sus sospechas tenían una base sólida, algo que pudiese decirse sin miedo a cometer un lamentable error. Evidentemente, Ruby no había hecho nada como para sospechar de ella; pero, no obstante, Pat presentía algo, como si hubiese sido capaz de atravesar las ideas más recónditas de la muchacha.

¡Y se hubiese alegrado tanto de equivocarse!

Frenó el vehículo en las cercanías del apartamento que ocupaban, bajo la inocente placa de una compañía de seguros. Momentos después penetraba en las habitaciones de Will, al que encontró en el «living», fumando pensativamente un cigarrillo.

—¡Ah, eres tú! —dijo levantando la cabeza.

—Sí, soy yo.

—¿Qué hay de nuevo?

—La astronave ha vuelto. Aterrizaron anoche en el sitio previsto.

—¿Quién viene en ella?

—Todos.

—¿Y el profesor? ¿Está contento?

—Joe dice que se ha quedado como un niño con zapatos nuevos. Lo importante es que no se olvide de comer.

—No se olvidará.
—Eso espero... ¿y Ruby?
—Igual.
Hubo una pausa.
—¿Por qué no llamas a un médico?
—Ya sabes que no quiere. ¡Es demasiado leal para comprometernos!
Sumer se mordió los labios.
—¿Pero ¿qué le pasa?
—Cefaleas. La cabeza le duele horriblemente.
—Yo haría venir a un doctor.
—No habrá más remedio, si las cosas siguen así... Tendré que imponerme...
—Creo que sería lo mejor.
Hubo una larga pausa; después. Will dijo:
—Tenéis que volver a «Mystére» y captar las emisiones de los servicios de las minas, tanto en Marte como en Venus. Hay que dar algunos golpes más.
—¿Y tú?
—Me quedaré aquí.
—Pero...
Spencer miró fijamente a su amigo.
—Escucha, Pat. Debes obedecerme... La enfermedad de Ruby no atañe a nadie más que a mí y no quiero que sea obstáculo para que nuestras operaciones sigan su curso. Ya sabes que los de la oposición desean que no nos durmamos.
—Está bien.
Y Sumer salió de la habitación, sin decir nada más, profundamente herido en lo más íntimo.
Sin embargo, por aquella vez, estaba dispuesto a desobedecer a su jefe y amigo.
Una rara y tremenda intuición le atormentaba.

* * *

Will penetró en la habitación y se acercó al lecho donde se encontraba la muchacha.
—¿Cómo estás, querida? —preguntó, al comprobar que ella tenía los ojos abiertos, la mirada fija en el techo.
—Como siempre... ¿Quién ha venido?
—Pat.
—¡Ah!
—Le he dicho que se vaya a «Mystére» con los otros... Yo me quedaré contigo.
Ella sonrió débilmente.

—¡Cuánto te lo agradezco!

—No me gusta que me hables así, amor mío. Es mi deber y debo cumplirlo... —y después de un breve silencio—: ¿Por qué no llamamos a un doctor, Ruby?

Una extraña luz brilló en los ojos de la joven, que tuvo que hacer un poderoso esfuerzo para evitar que una sonrisa la traicionase.

—Justamente —repuso— estaba pensando en eso. Si tú crees que no puede ser peligroso...

—No lo será.

—Entonces lo llamaremos. Cuanto antes me encuentre bien, mejor será para los dos.

—Voy a consultar la lista de los abonados. Llamaré al mejor.

Ella se incorporó, con un gesto suplicante.

—No hace falta que te molestes, querido. Hay un médico, el que me trataba antes de conocerte, en el que tengo más confianza que en ninguno... Él me conoce mejor que ningún otro, ya que me cuidó desde pequeña... Mamá lo llamaba siempre.

—¿Crees que entenderá tu mal actual, pequeña?

—Ya verás cómo sí. Es el 44-00-Et... ¡Sé el número de memoria!

Will sonrió.

—Voy a llamarle ahora mismo.

Poco después regresó.

—Ya está. Es muy amable. Me ha dicho que estará aquí antes de cinco minutos. Dice que te pondrá bien enseguida.

—Ya te dije antes que era mi médico de siempre.

Spencer encendió un cigarrillo.

—En cuanto mejores, saldremos para «Mystére», pero será por poco tiempo. Yo también tengo muchísimas ganas de disfrutar de unas largas vacaciones en tu compañía... Pat es ya capaz de llevar las operaciones por sí solo y le diré que lo haga y me deje un par de meses de descanso. ¿No te parece, querida?

—¡Es una idea maravillosa, Will!

—Ya verás lo bien que vamos a pasarlo. Nos iremos a alguna playa y nos olvidaremos de todo... excepto de nosotros dos.

—Estupendo.

Llamaron a la puerta y Will fue a abrir, ya que no tenía criado alguno, debido a que no podían fiarse de nadie.

El doctor era un hombrecillo viejo, con una melosa sonrisa en los labios.

—¿Dónde está esa enfermita? —inquirió.

—Pase por aquí, por favor.

Y una vez en la alcoba:

—¡Vaya, vaya con la pequeña Ruby! ¡Cómo has cambiado! Hacía ya una

eternidad que no te veía... ¿Dónde has estado todo este tiempo?

Ella miró a Will, que la sonreía:

—Vagabundeando, doctor, vagabundeando por ahí...

—Bien, bien... Veamos.

La reconoció detallada y cuidadosamente, junto a ellos, Will no dejaba de fumar, nervioso, ya que había pensado mucho en el mal que aquejaba a la mujer amada, temiendo que fuese algo verdaderamente grave.

Cuando el doctor se incorporó nuevamente, quitándose los auriculares del fonendoscopio, Will le preguntó ansiosamente:

—¿Qué hay, doctor?

El médico sonrió.

—No se alarme, por favor. Se trata de un trastorno puramente nervioso, localizado en una rama del facial... ¡Lástima que no haya traído conmigo una ampolla de hialuronovocaína! Se le calmarían instantáneamente los dolores.

—¡Hágame la receta e iré yo mismo a la farmacia!

—Es lo mejor. Dentro de un rato estará completamente bien. Ya lo verá.

Escribió una receta y Will, mirando a la muchacha, prometió:

—Vuelvo volando.

—Sí, querido.

Apenas acababa de cerrarse la puerta, cuando Ruby, intensamente pálida, se puso en pie.

—¿Han venido los otros?

—Sí.

—¿Dónde están?

—En la casa.

—¿Y Peter?

—El señor Quarter está también con ellos.

—¡Vamos, entonces! Ya sabe usted que no quiero estar aquí cuando le...

—Entendido. El jefe me ha dicho que suba usted al piso de arriba; es decir, al piso 18. Así no oirá nada. Por otra parte, acabarán pronto; se lo aseguro.

Le temblaban las piernas y tuvo que apoyarse en el brazo del falso doctor.

Al abrir la puerta, media docena de hombres, precedidos por Peter, iban a entrar en aquel momento.

Él le sonrió, felicitándola:

—¡Bravo, querida!

—Voy arriba.

—Perfectamente. El «doctor» te acompañará. No te muevas de la habitación hasta que yo vuelva, querida.

—Eso haré...

Se dirigió, lentamente, hacia el ascensor, que estaba abierto, viendo entonces otros hombres en el pasillo.

La casa debía estar cercada.

Y Will, ignorante de todo, iría él mismo a lanzarse de cabeza a la astuta trampa que ella le había tendido.

Durante un corto espacio de tiempo, unas décimas de segundo, su fe vaciló, experimentando algo verdaderamente insoportable. Pero el recuerdo de todo lo que había padecido, de lo que la había separado de la existencia, tal como ella la concebía, le dio ánimos para, mordiéndose los labios, penetrar en el ascensor, que partió, como una flecha, hacia los pisos altos de la casa.

* * *

Silbando una melodía en boga, Will penetró en el portal del lujoso edificio, dirigiéndose hacia el ascensor.

Llevaba, fuertemente apretado entre los dedos de la mano izquierda, el paquete que acababan de darle en la farmacia.

Estaba contento.

Ruby se pondría bien enseguida y podrían salir para «Mystére», reuniéndose allí con los demás. Bastaría que enviase un mensaje a Pat para que este viniese a buscarlos!

¡Sus amigos!

Junto a ellos, todo parecía diferente y la vida poseía un fuerte aliciente. La lucha empeñada era algo sagrado para todos ellos y nada les importaba que el Directorio los calificase de «piratas».

Unos meses más, destrozando los astrocargos procedentes de las minas, y el Directorio se balancearía, incapaz de hacer frente a la oleada de indignación que ya se sentía crecer por doquier.

Y una vez terminada la lucha, cuando la normalidad reinase sobre la Tierra, todos ellos, Ruby incluida, podrían vivir aquella vida que ella, más que los demás, ansiaba tan intensamente.

Y era natural.

Ruby había estado mucho tiempo, demasiado, en «Mystére», completamente sola, en compañía de los robots que obedecían todas sus instrucciones, pero aislada del mundo, del universo entero.

Era joven, bonita y nada más lógico que le gustase disfrutar de la vida, ya que las luchas políticas del Grupo no podían interesarle mucho, si es que solamente las comprendía.

El ascensor se detuvo en el piso doce.

Una vez fuera, Will avanzó hacia la puerta, sacando el llavín, ya que el doctor debía estar junto a la muchacha.

Un silencio intenso reinaba en el apartamento.

Spencer avanzó hacia el living, gritando alegremente, para prevenir a los otros de su llegada:

—¡Ya estoy aquí, querida!

Pero, al entrar en el salón, un escalofrío le recorrió la espalda. Una docena de hombres, armados con pistolas, le apuntaban, con una expresión de la que

no podía caber la menor duda.

Reconoció al jefe de la policía espacial.

—¡Cacheadle!

No hizo resistencia alguna.

Estaba tan sorprendido, tan anonadado, que no tuvo la presencia de ánimo que le hubiese hecho falta en aquellos momentos.

Las esposas se cerraron sobre sus muñecas. Todavía sujetaban sus dedos el paquete de la farmacia.

—¿Dónde está ella?

Peter se acercó a él, con una sonrisa de triunfo en los labios.

—¿Quién?

—Mi prometida.

—Se ha ido.

—¡No! ¡Está enferma! Este medicamento es para ella... Ella no es culpable de nada.

—¡Estúpido! ¿Quién crees entonces que te ha denunciado?

—¡Mentira!

Quarter se encogió de hombros.

—Me extraña, ahora que conozco tu estupidez, que haya tardado tanto tiempo en cazarte... —se volvió hacia uno de los hombres—. ¡Llama a la habitación 2085!

El hombre obedeció.

—Ya está.

—Diga que se ponga ella al aparato. Y dadle a este idiota el otro auricular. Colocádselo junto al oído.

El corazón de Will se puso a latir intensamente.

—¿Ruby?

Se estremeció al oír a Peter hablar con aquella familiaridad a la muchacha:

—¿Sí, querido?

¿Cómo era posible aquello?

—Ya hemos acabado, pequeña.

—¿Se lo han... llevado?

—Sí. ¿Estás contenta?

—Muchísimo. ¿Cuándo vendrás?

—Pronto, amor mío... ¿me quieres?

—Mucho.

Will separó el rostro del auricular:

—¡Perro!

Quarter terminó la comunicación, colgando el aparato.

—¿Estás convencido, imbécil?

—¡Algún día pagarás esto!

Peter lanzó una estridente carcajada.

—No serás tú quien lo veas, mentecato. Haré que te juzguen rápidamente y morirás como los criminales... ¡te cortarán la cabeza!

Will no dijo nada y se dejó llevar hacia el exterior.

Momentos después, un coche blindado le llevaba a las celdas de los sótanos del Palacio de Justicia.

CAPÍTULO V



AT volvió a extender el brazo, apoderándose de la botella mediada que había sobre la mesa, entre la televisión y el sillón donde él estaba arrellenado.

Vertió el líquido ambarino en el alto vaso y sin molestarse en tocar la botella de soda, bebió un largo trago.

La pantalla seguía ocupada con las frívolas imágenes de una revista de moda y hacía ya más de media hora que habían dado el último comunicado oficial, en el que habían anunciado que el verdadero veredicto contra Will Spencer, jefe de los piratas del espacio, sería hecho público.

Sumer encendió un cigarrillo.

Ya no merecía la pena volver a recordar el proceso que había hecho posible aquella actitud de Sumer, haciendo que, en vez de obedecer las órdenes de Spencer de abandonar la Tierra rumbo a «Mystére», se quedase en la ciudad, albergándose en un hotel desconocido, a la salida de una de las más importantes avenidas, sin comunicar a Will su decisión.

Había sido una intuición que no resultó fallida.

Y lo peor de todo era que no le habían dado tiempo para poder llamar al resto del grupo para hacer algo por su desdichado jefe. Atrapado aquella misma mañana, había sido juzgado sumarísimamente y comunicado al mundo la noticia.

«Dentro de breves minutos —había dicho el locutor—, haremos público el veredicto...»

¿Y qué eran aquellos pocos minutos, cuando se tardaba casi tres horas en llegar a «Mystére», en el mejor de los casos? De tres a ocho horas, según su posición en el espacio.

¿Qué podía hacer?

Aquella era la pregunta que, en los últimos treinta minutos, se había planteado diez mil veces. Y con el mismo resultado: ninguna respuesta práctica podía darse.

Por otra parte, no dejaba tampoco de preguntarse cómo Will pudo ser

apresado, ya que nadie conocía su identidad, ni siquiera su presencia en la ciudad.

¿Entonces?

«Sí, Pat —se decía a sí mismo—, no le des más vueltas a la cabeza. Tú estás completamente seguro de lo que ha ocurrido, aunque no te atreves ni a pensarlo... ¿Quién conocía la identidad de Will? ¿Quién estaba con él?... ¿Quién simulaba un cariño que no había sentido jamás?».

—¡Perra!

Cerró los puños, hasta hacerse daño. Y fue entonces cuando la banda roja de los avisos apareció en la pantalla, siendo inmediatamente seguida por el rostro del locutor oficial de la televisión.

—Señores, interrumpimos nuestro programa musical para dar las últimas noticias sobre el proceso de Will Spencer, jefe de los piratas del espacio, que fue capturado, en la mañana de hoy, por Peter Quarter, el intrépido jefe de la policía espacial, que llegó a la Tierra con el propósito de proporcionar esta gran alegría a todos los ciudadanos del mundo.

»Ninguno de ustedes ignora cuántos esfuerzos han realizado las autoridades para capturar a ese hombre que, impelido por el motor de una desmedida ambición y, a veces, por un instinto criminal de destrucción, mermó notablemente las llegadas de material fusible para el abastecimiento de nuestras industrias.

»El Directorio hizo cuanto pudo, sin medir esfuerzos ni sacrificios, para paliar una situación que empezaba a ser ciertamente alarmante. Por su parte, la policía espacial recorrió millones y millones de millas, registrando los más lejanos rincones del espacio conocido, en busca de los bandidos que, amparándose en las colosales dimensiones del mismo, seguían dañando los intereses de nuestra civilización.

»No hay duda alguna de que hoy es un gran día para todos los que amamos el orden y la normalidad de una existencia, regidos por la sabiduría de los miembros de nuestro glorioso Directorio.

»Peter Quarter nos ha proporcionado esta maravillosa prueba de su eficacia como jefe de la policía espacial, deteniendo al que tanto daño nos ha causado. Todos nosotros hemos de dar gracias a ese hombre que, sin descanso, ha trabajado por nuestra paz interna, defendiendo valientemente nuestros intereses.

Hizo una pausa:

—Ahora —prosiguió—, podemos comunicar ya el ansiado y justo veredicto que acaba de ser promulgado: Will Spencer, convicto del delito de lesa humanidad, ha sido condenado a muerte y será decapitado, en el patio de la Prisión del Estado, dentro de una hora.

»Con ello, acaba nuestra pesadilla más atroz, ya que sin cabeza que les dirija, se darán cuenta de la imposibilidad de seguir delinquiendo. Por otra

parte, tenemos la seguridad de que nuestra magnífica policía espacial sabrá capturar a los cómplices del condenado, en el más breve plazo.

Pat cerró el aparato.

Una tremenda depresión nerviosa se apoderó de él y cerró los ojos, dejándose caer sobre el respaldo del sillón.

Todo había terminado.

Sin darse cuenta, el locutor había dicho una gran verdad al confirmar el final de los piratas del espacio, ya que sin el mando de Will, nada podría hacerse.

Ahora, cuando la cabeza de Spencer iba a caer, Sumer se daba cuenta de todo lo que aquel hombre había significado para ellos, los miembros del grupo y para todos los que luchaban, en la sombra, por el derrocamiento del odioso Directorio.

Will había sido el alma de la empresa, el acicate en los momentos de duda, el ejecutor personal de las más peligrosas acciones, el espíritu de aquella lucha sin cuartel.

Sin él, ¿dónde iban a encontrar las energías necesarias para seguir?

Al pensar en la muerte inminente de su más querido amigo, Sumer sintió que el alma se le desgarraba de dolor. Pero nada podía hacerse por salvarle y eso era, precisamente, lo más espantoso de todo.

* * *

Will fue conducido nuevamente a su celda.

Le habían asaeteado a preguntas, pero no contestó a ninguna, permaneciendo detrás de una barrera de silencio, de la que nada ni nadie pudo sacarle.

El jurado —todo el estado mayor del Directorio— se había retirado a deliberar y a él le llevaron a su celda, de donde le sacarían, probablemente, para comunicarle la sentencia.

De ésta no dudaba en absoluto.

Y no era precisamente la muerte que le esperaba, sino la horrorosa traición de que había sido objeto, lo que le causaba aquella sensación de completo vacío, como si ya hubiese dejado de existir.

La cabeza le ardía.

Había dado mil vueltas al asunto, intentando encontrar la respuesta a la angustiosa pregunta que, en voz baja, no dejó de formularse desde que oyó la conversación telefónica entre Peter y... ella.

—¿Por qué me ha vendido?

¿Por dinero?

Sonrió.

Había dado de todo a la muchacha, colmándola de regalos y riquezas, sin medir nunca nada. Los caprichos de aquella mujer habían sido órdenes para él

y no podía negar que experimentaba un placer enorme cuando podía llevarle un nuevo presente.

¿Por amor?

Era completamente imposible que Ruby se hubiese enamorado de Peter, al que seguramente apenas conocía. Por otra parte, ella le había demostrado quererle positivamente, ya que había cosas que nadie, ni incluso una mujer como ella, podía falsificar.

No, no lograría descubrir el motivo, aunque la realidad estaba allí, palpable, en las frías losas de la celda y en la muerte que iba acercándose a él, poco a poco.

La puerta se abrió.

Peter Quarter, seguido de dos parejas armadas, penetró en el estrecho y húmedo recinto.

—Vengo a salvarte, Will —espetó sin más preámbulos.

Spencer levantó la cabeza, mirando con odio a aquel hombre, pero sus labios no se despegaron.

—El jurado está reunido —prosiguió diciendo el policía— y ya puedes imaginarte la clase de pena que pedirán para ti... —y viendo que el preso seguía silencioso—: De todas formas, si confiesas y nos das detalles sobre el paradero de tus cómplices, puedo lograr que se aminore el peso de la ley.

Una triste sonrisa entreabrió los labios de Will.

—De no haber sido a traición, jamás me hubieras cogido, Quarter... ¿Es que no me conoces por ventura?

—¿Por qué lo dices?

—Porque, al parecer, se te ha subido el «éxito» a la cabeza. Déjame tranquilo, que la muerte que me espera no me hará temblar; de eso puedes estar seguro.

Peter torció el gesto.

—Es posible que no temas a la muerte, pero hay algo peor...

Y volviéndose a los que le acompañaban, llamó:

—¡Dunkan!

Su lugarteniente avanzó, con una malévola sonrisa en los labios.

James había llegado precipitadamente de la Luna, al conocer las noticias de la detención inesperada de Spencer. No era de los que se hallaban lejos en el momento en que, lógicamente, el Directorio estaba dispuesto a repartir prebendas.

—¡Hazle hablar, Dunkan!

—No te preocupes...

A un gesto de James, tres hombres sujetaron fuertemente a Will y otros dos se encargaron de descalzarle.

Dunkan abrió una cartera, extrayendo de ella un formidable par de tijeras

de podar.

—Dunkan va a cortarte los dedos de los pies y luego los de las manos, Will. Y no vayas a hacerte ilusiones. Un médico está aquí, con nosotros, para evitar una hemorragia demasiado peligrosa o un desmayo que te prive del dolor... ¿Quieres hablar?

Spencer no contestó.

—¡Manos a la obra, James!

Cuando la tijera dejó oír su escalofriante sonido, Will sintió como una lanzada de dolor insoportable que le subía por la pierna derecha; después, a medida que las manos criminales de Dunkan seguían su horrible tarea, el dolor fue convirtiéndose en una sensación global, que parecía proceder de todo su cuerpo.

—¡Confiesa!

El médico se había acercado.

—Se ha desmayado...

—¡Inyéctale!

—Bien.

Will salió, como empujado, muy a pesar suyo, de la profundidad negra donde yacía; pero aquel revenir a la superficie no significó más que un nuevo contacto con el dolor.

Dos lloras más tarde, cuando la salvaje mutilación le había dejado sin los dedos de las manos y de los pies, Peter tuvo que darse por vencido.

Y abandonó la celda, con los dientes apretados, dejando que el doctor mantuviese la vida, en espera que el hacha del verdugo acabase con ella.

* * *

El comunicado de la televisión no pudo ser más lacónico:

—Señoras y señores, hace apenas unos minutos que Will Spencer, el jefe de los piratas del espacio, ha sido ejecutado en la Prisión del Estado. El verdugo ha cortado su cabeza y...

Pat apagó el aparato y salió de la habitación.

El «hall» del hotel estaba casi vacío y Sumer, después de detenerse junto a la conserjería, pagó su cuenta y salió a la calle donde respiró el aire fresco de la noche.

Parecía haber envejecido cien años.

Con las espaldas curvadas y la cabeza hacia adelante, hundida profundamente entre los hombros, se dirigió, lentamente, hacia su coche-furgoneta, que tenía en el garaje de costumbre.

El camino hasta la prisión le pareció tremendamente largo; pero, una vez allí, oblicuó, metiendo el coche en una de las callejuelas adyacentes y deteniéndose finalmente ante un bar pequeño, con aspecto de taberna.

Penetró en el local.

Fue directamente al mostrador y pidió una consumición, exhibiendo un billete importante al ir a pagar y que el hombre que le había servido miró con avidez.

—Quiero pedir una pequeña información —le dijo.

—Usted dirá.

—¿Cómo se puede recuperar el cadáver de un ajusticiado?

Los ojos del otro brillaron intensamente.

—Hoy no ha habido más que uno.

—Ya lo sé.

—... y muy importante.

—También lo sé. ¿Qué hacen con ellos?

—Generalmente, los queman.

—¡Ah!

El otro se dio cuenta del desencanto que se había pintado en el rostro del joven.

—Pero no hay que preocuparse —dijo. Y señalando el billete que Sumer tenía en la mano, agregó—, sobre todo cuando se tiene dinero.

—¿Usted cree?

—Sí. Los encargados de sacar el cadáver y llevarlo al horno para incinerarlo son amigos míos. Y también les gustan bastante los billetes como ése.

Una triste sonrisa entreabrió los labios de Pat.

—Estoy dispuesto a pagar. ¿Cuánto quiere?

—Uno de esos para cada uno.

—Bien.

El otro le sirvió, sonriendo ante el gesto de denegación de Pat.

—Es la casa la que invita. Siéntese allá —le señaló una de las mesas del fondo del local— y espere. Yo me ocuparé de todo.

Sumer sacó los billetes, que colocó en la gordezuela mano del tabernero.

—Gracias —dijo.

—No se preocupe.

Una vez en la mesa, encendió un cigarrillo y pensó que aquella era la única satisfacción que podía dar a Will. Llevarlo a «Mystére», donde podría quedar, él solo, para el resto de los tiempos...

«Utilizaré su astronave particular» —se dijo Sumer.

En efecto, Spencer poseía una rápida astronave, oculta en un hangar, en las afueras de la ciudad, que se había mandado construir hacía mucho tiempo y que estaba preparada para cualquier eventualidad imprevista, sobre todo cuando la otra, «Liberty», estuviese en el espacio.

Se imaginaba la horrible sorpresa de sus amigos, cuando le viesen llegar

con la macabra carga, ya que no sabrían nada hasta pasadas doce horas al iniciarse las noticias por la Red interespacial.

Y él llegaría antes a «Mystére».

Pasaron dos largas horas antes de que el tabernero volviese. Una muchacha bastante agraciada había quedado al cuidado del mostrador y no dejaba de mirar, de soslayo, a Sumer.

¿Y si el tabernero le vendía a la policía?

Poco le importaba ya lo que pasase. Nunca había tenido miedo a los esbirros del Directorio; pero ahora sentía solamente desprecio hacia los que, valiéndose de una ambiciosa mujer, habían cortado la vida de un hombre como Will.

—Oiga.

Levantó la cabeza y se encontró ante el rostro sonriente del tabernero.

—¿Hay algo nuevo? —inquirió, con un tono de ansiedad.

—Sí. Venga conmigo.

Salieron, seguidos por la mirada de la muchacha del mostrador. Una vez fuera, el hombre le hizo tomar un callejón estrecho que desembocada en una calle sombría y lóbrega.

Fue entonces cuando vio a los dos hombres.

Uno de ellos sujetaba un saco que había apoyado en el suelo y Pat se estremeció al imaginar su macabro contenido.

—Este es el hombre, amigos.

Los otros le miraron y el del saco dijo:

—Aquí se lo hemos traído, señor. Esperamos que nadie se enterará.

—No teman. Me lo voy a llevar fuera de la Tierra.

—Eso es otra cosa... ¿Dónde se lo ponemos?

Pat estuvo a punto de decir que él mismo se lo cargaría a la espalda; pero un estremecimiento le recorrió la espina dorsal al imaginar el contacto con aquello.

—Tengo el coche aquí al lado. ¿Podrían llevármelo hasta allí?

—Sí.

Momentos después, Pat abría la parte posterior de la furgoneta, donde los otros colocaron el saco.

—¿Era amigo suyo? —inquirió el tabernero.

—Sí.

—Comprendo.

Sumer sacó un nuevo billete y lo tendió a los hombres.

—Tomen, y muchas gracias.

El que había llevado el saco se guardó el dinero.

—No es nada agradable de ver... —dijo, señalando la puerta cerrada de la

furgoneta—. Debieron torturarle. Y ese Dunkan es un verdadero bestia.

—¿Lo han visto ustedes?

—Sí. Le han cortado los dedos de pies y manos...

Pat tragó saliva, con dificultad.

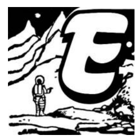
—Bueno —dijo con un hilo de voz—, he de marcharme. Gracias, otra vez, por todo.

—Crea que lo sentimos, señor. Tampoco nosotros estamos de acuerdo con el estado de cosas que estamos sufriendo.

Pero Pat no les escuchaba.

Estaba ya en el interior de la cabina, con los dientes apretados. Y cuando se alejó, apretando el acelerador, dejó que las lágrimas saliesen libremente de sus ojos, encontrando un raro placer cuando su amargor le llegó a los labios.

CAPÍTULO VI



L profesor, que salió el último, estaba mortalmente pálido.

Lewis, Joe y Pat se sentaron en los cómodos sillones de la planta alta del satélite — el célebre «Mystére» —, donde tenían su Cuartel General fuera de las poderosas garras de la policía del espacio.

—¡Canallas!

Nadie contestó a aquella exclamación de Collins, cuyo rostro seguía imponentemente blanco.

Para Cameron y Quimper —tal y como Sumer imaginaba—, su llegada les había dejado sin habla. Y cuando vieron el cadáver mutilado de Will, que ahora reposaba en la mesa de la habitación de al lado, se limitaron a bajar la cabeza y a salir de allí cuanto antes, incapaces de soportar la horrible visión del muerto.

—¡Canallas!

Collins, sintiendo tanto como los otros la muerte del hombre que le había demostrado ser leal y sincero con él, estaba frenético y su reacción le llevaba hacia un estado de cólera progresiva.

—¿Cómo es posible —dijo, en voz alta, pero como si hablase consigo mismo— que esa mujer le haya vendido de esa innoble manera?

Pat levantó la cabeza.

—Siempre sospeché de ella, profesor.

—¿Y por qué no previno a su amigo?

Pat sonrió amargamente.

—Hubiese sido completamente inútil, señor. Will no cometió más que un

solo error en su vida: enamorarse de esa víbora.

Collins cerró los puños.

—¡Y ella, al lado de ese Quarter que Dios confunda, recibirá el premio de su traición, mientras Will...!

Hubo un largo silencio.

Finalmente, el profesor se adelantó y dio un puñetazo en la mesa, haciendo que los otros, acostumbrados a su carácter dulce, levantasen la cabeza, seriamente sorprendidos.

—¡Lo haré!

Lewis miró dulcemente al profesor.

—¡Sí, lo haré! —repitió este.

—¿Qué hará, señor Collins?

Robert volvió la cabeza hacia Joe, que era el que acababa de formular aquella pregunta.

—¡Usted me ayudará, Quimper! ¿Verdad que me ayudará?

—No le entiendo, profesor.

—¡Haremos la prueba con Will! ¡No quiero que muera así, desdichado, sabiéndose traicionado por la persona a la que amaba más en el mundo!

—¿Qué quiere usted decir?

—Que voy a dar vida a la cabeza de nuestro amigo.

—¿Resucitarle?

—No. No es eso. La muerte total del organismo no significa la de todas sus partes, que van muriendo después, poco a poco... Lo malo es que son los tejidos nerviosos los que suelen destruirse más rápidamente... ¡Tenemos que ponernos a trabajar ahora mismo, Quimper! Usted es médico y puede ayudarme perfectamente.

—Pero...

Le miraban con los ojos desmesuradamente abiertos, como si no pudiesen dar crédito a las palabras que acababan de oír.

—¿No quieren volver a escuchar a Will? ¿No desean, tan ardientemente como yo, poder hablarle? ¿Van a dejarle ahí, pudriéndose poco a poco?

La sorpresa les había dejado sin habla.

—Ya saben todos ustedes que yo no deseaba emplear mis descubrimientos en nada que no fuese la conservación de los grandes cerebros de la humanidad; pero ¿acaso no era el de Will un cerebro privilegiado? ¿No era verdad que se había consagrado a la lucha por la libertad?

Transido de emoción, Pat se acercó al profesor y con voz trémula, preguntó:

—¿Podrá lograrlo, señor?

Los ojos de Collins echaban chispas.

—¡Haré lo posible! Lucharé contra la destrucción celular... ¡contra la muerte! Y, por poco que pueda, arrancaré de sus garras el cerebro de Will,

haciendo que su mente vuelva a estar entre nosotros. ¿Viene usted, doctor Quimper?

—¡A sus órdenes, señor!

* * *

Joe se secó el sudor que empapaba su rostro.

Por enésima vez, miró el recipiente de cristal que encerraba el cerebro de Spencer y del que brotaban, además de los tubos de nutrición tisular, cables y más cables que el profesor había conectado a un aparato situado sobre una mesita auxiliar.

Collins, en el otro lado del laboratorio, junto a los recipientes que producían las sustancias alimenticias que, por los tubos de plástico, se dirigían al cerebro, vigilaba las cifras marcadas en las probetas y, de vez en cuando, sirviéndose de un papel tornasolado, analizaba la acidez de los líquidos en los que, de tiempo en tiempo, hundía la afilada punta del viscosímetro.

Joe se acercó a él.

—¿Todo bien, profesor?

—Creo que sí.

Y señalando los recipientes.

—Debemos esperar la iniciación del metabolismo. Cuando esos otros tubos empiecen a traernos los primeros deshechos del cerebro de Will, sabremos si es capaz de vivir.

—Comprendo: si es capaz de nutrirse es que puede sobrevivir.

—Eso es. El problema importante reside en la circulación. Ya ha visto usted que hemos inyectado en todos los vasos cerebrales una sustancia que disuelva los coágulos que hayan quedado en el interior. Si la operación de «limpieza» ha tenido éxito, la nueva sangre llegará fácilmente hasta los últimos rincones del cerebro y la vida tornará a las células.

«Naturalmente que tropezamos con grandes dificultades, ya que el cuerpo de nuestro amigo llegó tarde y no nos fue entregado inmediatamente después de la ejecución; pero, no obstante, no nos daremos fácilmente por vencidos.

En aquel momento, un líquido viscoso empezó a llegar por los tubos que salían del cerebro.

—¡Mire, profesor!

Collins se precipitó hacia los terminales y con una pipeta succionó una buena cantidad de aquellos residuos orgánicos. Febrilmente se dirigió hacia la mesa de análisis, donde se puso a trabajar inmediatamente.

James seguía las operaciones del profesor sin osar despegar los labios. Sabía que allí estaba la respuesta a todos sus deseos y expiaba la expresión de los rasgos de Collins, con una ansiedad manifiesta.

Los reactivos cambiaron de color al contacto con los líquidos que Robert iba vertiendo en los tubos de ensayo. Las notas fueron llenando la cuartilla que el profesor tenía a su lado.

Finalmente, se volvió hacia el médico.

—No sé, no sé...

—¿Hemos fracasado?

—No, pero los resultados no son excesivamente satisfactorios... Hay un porcentaje muy alto de materias alimenticias que no han sido aprovechadas: casi un noventa y tres por ciento.

—Eso quiere decir que el cerebro no las toma.

—Efectivamente. No sé aún si se trata de dificultades circulatorias o, por el contrario, de muerte celular.

Joe palideció.

Durante unos minutos que le parecieron siglos, el profesor permaneció sumido en un profundo y desesperante silencio, contemplando las notas que tenía en la mano.

—No habrá más remedio —dijo después.

—¿Va a intentar algo nuevo? —inquirió Quimper, con un tono de esperanza en la voz.

—Sí. Es algo verdaderamente desesperado y que creí no emplear nunca.

—¿Peligroso?

—Mucho.

—¿Por qué?

El profesor le miró fijamente a los ojos.

—Se trata de una sustancia que guardaba celosamente y que no deseaba emplear más que en aquellos casos en que el cerebro estuviese desvitalizado en un grado máximo.

—Como el caso de éste...

—No, no es lo mismo. El cerebro de Will guarda toda la vitalidad celular de su juventud. Esa sustancia debía ser empleada en los viejos cerebros, atacados brutalmente por una intensa arterioesclerosis, que ya hubiese dañado, parcialmente, la actividad mental de su poseedor. ¿Me comprende, Joe?

—Apenas.

—Es algo que, puede decirse, es un arma de dos filos. Dado a un cerebro de un anciano, se devuelve la fluidez mental de la juventud, haciendo desaparecer todas las taras orgánicas y funcionales que la senectud lleva consigo...

Hizo una pausa.

—Dándolo a un cerebro joven, como el de Spencer, puede provocar reacciones imprevisibles, que ni yo mismo, su descubridor, me atrevo a imaginar.

—¿Será perjudicial para el propio cerebro?

—No lo creo. Me refiero, más bien, a los poderes que puede proporcionarle, aumentando la potencia mental hasta límites insospechados. Claro —agregó con una sonrisa—, que todo esto son meras hipótesis.

—Comprendo.

—Es como si procurase extractos hormonales a una criatura de pocos años. ¿Qué pasaría, doctor?

—Que provocaría un desarrollo puramente anómalo, convirtiéndolo en una especie de monstruo.

—Eso es. Claro que en nuestro caso, las anomalías serían puramente mentales.

—¿Locura?

—¡De ningún modo! Hiperpoderes, potencias desconocidas que se despertarían en un cerebro superdotado, dando a esta palabra una significación completamente desconocida hasta ahora.

—¿De qué sustancia se trata, profesor?

—Del «fosfoactivón». Así lo he llamado, primero por su compleja composición, rica en fósforo; después por ciertas sustancias estimulantes en alto grado que, en algunos ensayos en animales, me han demostrado centuplicar el metabolismo cerebral normal, lo que significa una actividad verdaderamente formidable.

—¿Lo ha ensayado en algún ser humano?

—No. Sería, por otra parte, imposible, ya que ningún organismo podría resistir las estimulinas de mi «fosfoactivón». Sólo en casos como éste, en que el cerebro está definitivamente aislado del resto del cuerpo, puede ensayarse mi fármaco.

»Las experiencias realizadas con animales no pudieron darme una idea concreta de los resultados, más que en lo que se refiere al metabolismo, ya que no poseía el aparato ese —y señaló el «traductor», donde terminaban los hilos que salían del cerebro de Will.

—No quisiera que cometiésemos una atrocidad, profesor.

—Tampoco yo. Aunque es posible que exagere un poco... Después de todo, no tengo ninguna experiencia y hasta puede ocurrir que nada de lo previsto se produzca.

Y después de una pausa preguntó:

—¿Cree usted, Quimper, que hemos de consultar con sus amigos?

El doctor no dudó.

—No es necesario. Sé su respuesta sin necesidad de escucharla.

—Bien.

Se dirigió a un armario, extrayendo un frasquito del preparado que había sintetizado hacía poco. Preparó rápidamente una solución, vertiéndola seguidamente en los tubos que llevaban las sustancias nutritivas al cerebro.

Una vez terminada la operación, guardó cuidadosamente el frasco y volviéndose hacia Joe, dijo:

—Ya está. Ahora no nos queda más remedio que esperar.

—¿Mucho?

—Eso depende... pero estoy un poco cansado y prefiero ir a fumar un

cigarrillo junto a nuestros amigos. Conectaré el altavoz, por si acaso, con el salón.

Salieron, encontrándose con las ansiosas miradas de Cameron y Sumer.

—Todavía no hay nada, amigos míos —dijo el profesor, adelantándose a las preguntas que esperaba—. ¿Hay alguien que me dé un cigarrillo?

Pat avanzó, entregando al profesor lo que pedía y encendiéndoselo.

—¿Hay... esperanzas?

—Siempre las hay, Pat.

Tomaron asiento, permaneciendo unos largos minutos en silencio.

—¿Cómo cree usted que reaccionará Will al encontrarse nuevamente vivo, profesor?

Collins miró a Pat, que era quien había formulado aquella curiosa pregunta, sonriendo levemente.

—Es una cuestión difícil de contestar, Sumer. ¿Ha olvidado que esta es mi primera experiencia con seres humanos?

—¿No había usted hecho nada semejante hasta ahora?

—Semejante, sí. Si podemos aplicar esa palabra al cerebro de los animales. Mi último trabajo se realizó con un chimpancé.

—¿Qué ocurrió?

—Yo había presentado al animal, que estaba hambriento, una buena colección de plátanos; pero le maté antes de que los tomase. Inmediatamente después de sacrificado, extraje el cerebro, colocándolo en el «Cuerpo-Collins». Cuando logré llevar a aquel cerebro la imagen de los plátanos, se produjeron reacciones equivalentes a las que el animal hubiese de haber tenido de poseer brazos y manos para apoderarse de los alimentos.

»Yo no hubiese conseguido nada positivo de no haber logrado establecer comunicación entre el cerebro y el exterior: ésa es la función de lo que hoy se llama «Cuerpo-Collins».

—¿En qué consiste?

—En una especie de sistema nervioso, que en realidad es una serie de relés electrónicos, capaces de sustituir, en cierto modo, la función de los nervios.

»Una serie de sensibles aparatos juegan la función de órganos sensorecaptores, en tanto que otra serie de mecanismos representan a los nervios motores.

—¿Cómo soluciona usted la visión?

—Por un sistema gradual de células fotoeléctricas. La «visión» que llega al cerebro no es, desdichadamente, tan perfecta como la normal; pero, por fortuna, el almacén de ideas visuales y los impulsos que llegan al lóbulo occipital hacen que el cerebro perciba con la misma nitidez que si siguiese en su caja craneana.

—¡Es formidable!

—Teóricamente, sí —repuso el profesor, con una sonrisa—. Pronto sabremos si la realidad está a la altura de nuestros deseos.

—Lo que me preocupa —insistió Pat— es cómo reaccionará Will en el caso de que...

Joe miró al profesor, pero este le hizo un gesto para que silenciase, por el momento, la utilización del «fosfoactivón».

—Su reacción será la natural —dijo Collins—. Deseará hacer pagar a los culpables...

—Es verdad —intervino Lewis—; pero eso, tenga o no éxito su experiencia, profesor, debíamos de haberlo hecho nosotros.

—No será necesario. Will sabrá hacerlo.

Pat sonrió tristemente.

—Hablamos de él como si estuviese vivo, como si no hubiera ocurrido todo lo que ha pasado, como si el hacha del verdugo no hubiese cercenado la...

—¡Calla!

Joe se había levantado y encendió un cigarrillo, empezando a pasearse, como un león enjaulado, por la habitación.

—Cameron tiene razón —dijo, hablando entre dientes—. Tengamos o no suerte con la experiencia del profesor, debemos dedicarnos a castigar a esos miserables que acabaron con Spencer.

—Sobre todo con ella —estalló Pat—, con esa víbora. Juro que no estaré tranquilo hasta que no le haya hecho pagar su sucia traición.

—¡Y pensar en las veces que ha estado aquí, a nuestro alcance! —protestó Cameron—. ¡Con lo fácil que hubiese sido acabar con ella!

—Pero entonces no era posible —intervino Joe—. Will nos hubiese destrozado, ya que estaba profundamente enamorado de esa mujer... ¡Ahora sí que nos lo permitiría!

Y fue entonces, cuando Quimper acababa de pronunciar aquellas palabras, que el altavoz vibró:

—¡Tienes razón, Joe, amigo mío! ¡Ahora sería yo el primero en ordenarte que estrangulases a esa bruja maldita!

CAPÍTULO VII



ORRIERON como locos, precedidos por el profesor, hacia el laboratorio, deteniéndose temblando ante el recipiente en el que flotaba el cerebro de Will.

Parecía imposible relacionar lo que acababan de oír con aquella masa grisácea, entre cuyas circunvoluciones corrían minúsculos vasos rojos, dibujando una especie de tela de araña rosada.

Fue el profesor, el único capaz de reaccionar en aquel momento, el que se adelantó, hasta detenerse junto al minúsculo micrófono.

—¿Me oye usted, Will?

La respuesta tardó unos segundos en llegar.

—Perfectamente, profesor Collins. Y le agradezco que haya hecho esto conmigo.

—Era mi deber.

—Ha sido para mí, después de haber caído tan bajo, una alegría maravillosa el poder estar nuevamente junto a vosotros, amigos míos. Os lo aseguro.

Pat no pudo evitar una vehemente exclamación:

—¡Seguimos a tus órdenes, Will! ¡Como siempre!

—Gracias. Pero, desgraciadamente, poco os puedo ordenar. Yo pensé siempre en ti, Pat, para que me sucedieses en el mando... Y eso es lo que debes hacer. Conoces perfectamente todo lo referente a la lucha abierta contra el Directorio y puedes empezar, cuando desees, a atacar los astrocargos... Gracias al invento de Cameron, el radar del enemigo no puede nada contra nosotros y este satélite es completamente invisible a sus ojos.

Pat estaba pálido.

—¡Pero, Will...!

—¿Qué quieres?

—Yo creía que deseabas vengarte... ¿o es que has olvidado todo lo que te han hecho?

Hubo un largo silencio.

—No he olvidado nada, amigo... Es curioso, y esto puede interesar a sus experimentos, profesor Collins, que el recuerdo del dolor de la tortura siga molestándome... En cuanto a lo de mi venganza, me considero capaz de realizarla sin poner en peligro vuestras preciosas vidas. No olvidéis que estáis al servicio de una causa y que debéis seguir luchando por ella.

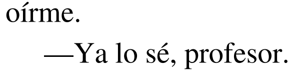
—¿Cómo va a lograr hacer lo que dice? —inquirió repentinamente el profesor.

—Usted lo sabe mejor que yo, señor Collins.

—¿Qué quiere decir?

—«Fosfoactivón».

—¿Eh? ¿Cómo sabe usted eso? Jamás hablé con nadie, excepto con Joe, hace un buen rato y su cerebro, es decir, usted, no estaba en condiciones de



oírme.

—Ya lo sé, profesor.

—¿Entonces?

—Lo he leído en su mente.

—¿Eh?

Se estableció un nuevo silencio.

—Comprendo —dijo finalmente, Collins—. El «fosfoactivón» ha empezado a obrar.

—Eso es. Me siento tan inusitadamente fuerte, que podría hacer cosas que les causarían espanto.

—¿Qué clase de cosas? —inquirió Pat.

—Mejor es no decirlas, amigo mío. Por eso deseó que vosotros continuéis nuestra lucha. Yo me encargaré de hacer pagar a los que, gracias a una artera traición, hicieron caer sobre mí el peso de su odio.

* * *

Ruby se estiró, después de sentarse en el lecho. La luz, tamizada por las cortinas que cubrían el balcón, no entraba aún como lo haría momentos después: a raudales, pero demostraba, por la intensidad de sus rayos, en el que se movía un cosmos de granitos de polvo, que ya era bastante tarde.

¿Tarde?

La muchacha sonrió, pasándose las manos por los cabellos.

Habían llegado Peter y ella de una fiesta magnífica, casi cuando el alba empezaba a pintar de gris la negrura del cielo estrellado. Y ahora, recordando los detalles de aquella fiesta, donde su belleza había llamado poderosamente la atención, Ruby se sentía enormemente feliz, como jamás había conseguido serlo.

¡Aquella era la vida que deseó desde siempre!

Respetada, admirada, prometida a una personalidad tan relevante como Peter Quarter, emparentado con el poderoso presidente del Directorio, se había convertido en pocas semanas en la mujer más envidiada de todas.

Y eso la llenaba de una deliciosa sensación de placer.

Todas sus ambiciones se habían visto satisfechas de golpe y sus deseos se cumplían.

Saltó del lecho.

Descorriendo las cortinas, cerró los ojos momentáneamente, para que el sol no le cegase, sintiendo su ardiente caricia sobre la piel; después, asomándose un poco, con los párpados entornados aún, lanzó una mirada al hermoso y amplio parque que se extendía al pie de la balaustrada de su balcón, hasta donde la verja se confundía, allá lejos, con la hilera de árboles que bordeaba la autopista.

Todo aquello: la casa, el parque, las hermosas caballerizas, el coto de caza,

el lago... todo había sido un regalo que el presidente había hecho a (eran sus propias palabras) «la hermosísima prometida de su jefe de policía espacial, un hallazgo tan maravilloso, que él hubiese deseado hacer antes que Peter...».

Sonriendo, complaciéndose íntimamente en aquellos recuerdos inefables, la joven penetró nuevamente en la estancia, dirigiéndose, poco después, hacia el cuarto de baño.

Se desnudó y penetró en el agua tibia, que la hizo estremecerse de gozo. Todo estaba preparado, en orden, por silenciosos criados, obedientes y sumisos, que nada tenían de semejante con aquellos elementales y estúpidos robots de «Mystére».

Frunció el entrecejo, al darse cuenta de que estaba pensando en aquello.

Se había prohibido, de una manera absoluta, recordar nada que se relacionase con el pasado y especialmente con «él» (no se atrevía a llamarle por su nombre).

Y ahora resultaba que, a pesar de la censura estricta que había impuesto a sus ideas, éstas se rebelaban contra ella y hasta la hacían precisar detalles que no hubiese querido recordar nunca más.

Intentó, vanamente, pensar en las nuevas fiestas a las que asistiría y en la grandiosa que se daría, en fecha próxima, cuando contrajese matrimonio con Peter.

Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, la horrible imagen de «él» se filtraba por entre sus pensamientos, causándole una sensación tremendamente desagradable y angustiosa.

Sin embargo, deseaba ardientemente olvidar, borrar todo el pasado para que ciertos recuerdos desapareciesen para siempre. Porque Peter había tenido, eso sí, la indelicadeza de explicarle algo que ella no hubiese querido saber jamás.

Aunque, después de todo, como pensó unos momentos después, Will estaba muerto y nada tenía que temer de él.

Al salir del baño, cuando empezaba a secarse, se dio cuenta de la granizada que cubría su piel. Alarmada, se examinó detenidamente, saliendo de dudas al ver que la totalidad de su cuerpo se había cubierto de minúsculos granitos que, se veía claramente, crecían a ojos vista.

Indignada hasta lo indecible, llamó a su camarera.

—¿Qué ha echado usted en el baño, maldita?

—¿Yo? ¡Nada, señorita! Es decir, lo de siempre.

—¿Cómo es posible, entonces, que me pase esto en la piel?

—¡Oh! ¡Qué horror!

La exclamación y la expresión de la muchacha hicieron que Ruby volviese a mirarse.

—¡Señor!

Los granos se habían abierto y mostraban un orificio del que salía un líquido claro que, uniéndose, iba cayendo como si la joven no se hubiese secado aún.

Levantó la cabeza, lanzando una terrible mirada a la criada.

—¿Conque estás segura de no haber puesto nada en el baño, eh?

—¡Lo juro, señorita!

—Bien. De nada me sirven tus juramentos... Vas a meterte en la bañera ahora mismo, delante de mí... así comprobaré que tienes razón y que dices la verdad.

La muchacha obedeció, permaneciendo largo tiempo en el agua.

Ruby la miraba, envuelta en su albornoz.

Estaba completamente segura de que saldría con la piel tan alterada como la suya y no tendrían más remedio que llamar al doctor para que ambas se curasen, aunque luego castigaría a la fámula de manera a que no olvidase jamás aquel día.

«¿Menos mal —pensó Ruby— que no tengo ninguna fiesta para hoy y que esto me lo quitará el médico en un par de días...

Obligó a la criada a que saliese, mirándola detalladamente con horror, ya que la piel de aquella muchacha no presentaba ninguna anormalidad.

Gritó:

—¡¡Vete!!

Un terror invencible se apoderó de ella en el momento de vestirse, cuando comprobó que los granos se habían convertido en placas, dando a su piel un claro aspecto, escamoso.

—¡Qué asco!

Porque no podía expresarse de otra manera la sensación que le producía su propia imagen al contemplarse en el espejo.

Aterrada, se echó una capa sobre los hombros y corrió al teléfono para llamar a un doctor. Después se acostó de nuevo.

Cuando el médico terminó de examinarla ella le miró angustiosamente.

—¿De qué se trata, doctor?

—No puedo dar un diagnóstico seguro, señorita. Desde luego no es ninguna enfermedad de la piel...

—¡Qué suerte!

—Eso creo yo también. No habiendo motivo de la aparición de este mal, tendríamos que llamar a un psiquiatra.

—¿Cree que estoy loca?

—Nada de eso. Quizá me haya expresado mal y hubiera debido decir que lo que necesitamos es un psicoanalista.

—Llámele, doctor.

El psicoanalista le hizo multitud de preguntas y algunos «tests»; tras lo

cual:

—Señorita Ellerson... con el permiso de mi colega aquí presente, he de decirle que su mal no es más que una reacción psicosomática producida por una descarga emotiva interior.

»En sus manifestaciones y en las respuestas que ha dado a los «tests» se ve claramente la existencia de un conflicto, ligado estrechamente a un ulcerado sentimiento de culpabilidad. Hay un símbolo, que podíamos representar por «él», que juega un papel predominante en todo este proceso.

»La terapia es clara: sí usted logra calmar esa reacción del subconsciente, la tranquilidad llegará y la secuela somática dérmica desaparecerá como ha llegado.

—¿Qué debo hacer, doctor?

—Acabo de decírselo, señorita... Convencerse de que no ha hecho nada malo, hacer desaparecer ese complejo de culpabilidad que le atenaza...

Ella se puso a llorar desesperadamente.

—¡Eso no es posible!

—¿Por qué?

—¡Porque soy culpable!

Y viendo que los dos médicos la miraban con estupor aclaró:

—¡Sí! ¡Yo soy culpable! ¡Yo he vendido a Will Spencer, el jefe de los piratas del espacio, haciendo que le cortasen la cabeza después de torturarle terriblemente!

Se sentó en el lecho.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí! ¡No quiero ver a nadie!

* * *

Peter escuchó atentamente el relato de la criada.

—¿Así que dices que su piel está cubierta de placas?

—Sí, señor... ¡Es una gran desgracia para la pobre señorita!

—Está bien. Vamos a verla.

—¿Yo?

—No hace falta que entres en su habitación... pero quiero que te quedes en casa por si te necesitase.

—Ha prohibido a toda la servidumbre que entre en sus habitaciones.

—Ya le pasará. Has de comprender que es una cosa ciertamente desagradable.

Llevó a la muchacha en su propio coche, dejándola en el interior de la casa y dirigiéndose él a las habitaciones de su prometida.

Llamó a la puerta.

—¡Fuera! —oyó gritar a Ruby.

—Soy yo, querida. Peter.

Hubo un silencio; después dijo:

—Pasa.

Quarter penetró en la estancia, que estaba casi completamente a oscuras, avanzando lentamente hacia el lecho.

—No te acerques —dijo ella—. Siéntate ahí mismo.

Él obedeció.

—¿Te encuentras mejor, Ruby?

—No. Estoy cada vez peor... Mi piel se ha cubierto de escamas y su tacto me da horror. Además, Peter, ¿por qué no decírtelo todo? me estoy quedando sin pelo.

Él se mordió los labios.

—Llamaremos a un médico.

—Ya lo he hecho.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que la culpa de todo la tiene Will.

Quarter logró lanzar una carcajada corta.

—¡Que tontería, querida!

—No lo creas. Tú no lo conociste como yo; es decir, yo lo conocí y no me di cuenta de lo que sentía Pat... Will era un hombre extraño, con un poder tremendo sobre las gentes... Todos los que le conocían le amaban, le idolatraban... Tú mismo sabes cómo resistió aquella espantosa tortura a que le sometisteis.

—¡Olvídalo, Ruby! Todo eso ha pasado ya...

—Eso es lo que yo creía, Peter; pero ahora, sin saber cómo, mi cerebro se ha llenado de ideas extrañas... es como si Will me hablase desde muy lejos, como si estuviese gozándose de la venganza que ha desencadenado contra mí...

—¿Has perdido el juicio, Ruby?

—No, no estoy loca. Tú mismo podrás comprobar lo que te estoy diciendo.

—¿Yo?

—Sí. Tú y todos los que intervinieron, en el castigo de Will... Verás cómo encuentra la manera de hacerte sufrir como nunca pensaste que era posible sufrir.

—¡Cállate!

Hubo un corto silencio.

—No quiero darte miedo, Peter; te lo juro. Sigo, a pesar de todo, queriéndote. Porque me doy cuenta de que obré impulsada por el deseo de escapar de aquel maldito encierro que era el satélite... pero estoy completamente segura que todo esto es obra de Will.

—¿No te das cuenta de las necedades que dices? Un muerto no puede hacer nada...

—Así lo creía yo... hasta ahora. Escucha, Peter...

Quarter sentía que una indefinible sensación de angustia empezaba a enseñorearse de él. Era muy posible que el ambiente que le rodeaba jugase un gran papel en aquel miedo que se iba infiltrando por todos los poros de su cuerpo, sin que pudiera contrarrestarlo.

La oscuridad, casi completa de la habitación; aquella mujer horrible, con el cuerpo cubierto de sucias placas, casi sin cabellos...

—Escucha, Peter... —repitió ella, con una voz que a él le pareció de ultratumba—. Hemos de pagar lo que hemos hecho, ¿no te parece? Ya ves lo que me ha pasado a mí... Nunca más consentiré que nadie me vea, ni jamás volveré a salir a la calle. Para una mujer, la belleza es lo más importante de todo. Para mí era más importante que la propia vida... ¿Te das cuenta de que Will ha elegido lo que más daño podía hacerme?

—¡Calla!

—¿Tienes miedo, Peter?

Él se levantó, sudando, sintiendo que las piernas le temblaban.

—¡Calla! ¡Calla!

—No temas, Peter. Ninguno de nosotros escapará... puedes estar seguro. Y es natural. ¡Hicimos tanto daño a Will!

—¿Por qué te has metido en la cabeza esa locura? ¡¡Will murió!! ¡Yo mismo vi caer su cabeza en el cesto, Ruby!

—Ya lo sé. Ya me lo contaste otras veces; pero eso no importa —su voz había tomado un tono de dulzura que era, al mismo tiempo, escalofriante—. Eso no importa —repitió—. Porque Will era un hombre capaz de vengarse aunque le cortasen la cabeza... ¿Quieres que te diga una cosa, Peter?

—¿Qué?

—Que estoy oyéndole reír... ¡Qué carcajadas, Dios mío!... No debías reírte así, Will... amor mío...

—¡Calla!

Peter retrocedió, horrorizado, hacia la puerta.

—No rías así. Sé que merezco todo esto, pero no debes mostrarte tan espantosamente, cruel...

Con los cabellos erizados, Peter salió de aquella casa, corriendo hacia su coche, en el que estuvo a punto de matarse, ya que lo lanzó locamente hacia su casa, situada al otro lado de la ciudad.

CAPÍTULO VIII



UNKAN detuvo el caballo, haciéndole volver grupas y dirigiéndolo, al paso, hacia los cobertizos de las cuadras.

El mozo le sostuvo las riendas mientras desmontaba.

—¿Qué tal, Harry?

—¡Estupendo, señor!

—¿Buen tiempo?

—Ocho segundos menos que ayer.

—Esto va bien... «Lord» dará una sorpresa las próximas carreras.

—Estoy seguro.

James pasó la mano por el húmedo cuello de bestia.

—Sécalo bien y no le des más que media ración hasta la tarde.

—Sí, señor.

El mozo se alejó y Dunkan siguió con la vista la estampa magnífica del caballo.

¿Cómo podía haber soñado todo aquello?

Peter se había, mostrado magnánimo al entregarle dos millones de «cosmos» de la suma que el Directorio pagó por la captura de Will. Así había pagado Quarter a su colaborador más leal. Y éste, que siempre soñó en poseer una hermosa cuadra, había visto sus ilusiones convertirse en realidad, encargándose personalmente del entrenamiento de sus caballos.

Se sentía feliz.

Después de todo, no había intervenido en la captura de aquel pirata y sólo se encargó de la tortura —¡cosa fácil!—, aunque hubiese deseado que aquel maldito hubiera confesado, cosa que aún no llegaba a entender del todo.

—No importa —se dijo, mientras se dirigía a su chalet, situado cerca del terreno de pruebas—. La captura de Spencer nos ha sentado muy bien a todos, ya que el Directorio va a nombrar un nuevo jefe de la policía espacial, encargándonos a Peter y a mí de la policía mundial, puestos de muchísima más importancia e infinitamente más lucrativos.

Se duchó, se cambió de ropa y se dirigió después a la terraza, donde Charles, su ayuda de cámara, le esperaba.

Preguntó, obsequioso:

—¿Quiere desayunar el señor?

James sonrió.

—¡Naturalmente, amigo mío! Pero tráeme algo sólido... El ejercicio que acabo de hacer me ha despertado el apetito.

—Bien, señor.

—¿Y el periódico?

—Aquí está.

Se alejó el criado y Dunkan echó una ojeada a las noticias, frunciendo el ceño inmediatamente.

—¡Perros! —masculló.

El periódico, en su primera plana, relataba un nuevo asalto a una nave del espacio, que había sido destrozada por los piratas. La nave, un astrocargo procedente de Marte, iba cargada de uranio.

Ahora se daba cuenta de lo importante que hubiese sido el que Will hubiera confesado, dando detalles del lugar donde se hallaba el cuartel general de los piratas.

Ruby, por su parte, había hecho lo imposible por facilitar a Peter la tarea del definitivo aniquilamiento del grupo de Will; pero de nada sirvieron sus informaciones.

Les había hablado de «Mystére», aquel satélite artificial que los piratas poseían y que vagaba por el espacio, fuera de la vigilancia de la policía y dotado de medios de ocultación completamente extraordinarios.

Las patrullas habían vuelto a recorrerlo todo, sin lograr descubrir a «Mystére», que hacía honor a su nombre.

Dunkan siguió leyendo, dándose cuenta de aquella reaparición de los piratas, que podía perjudicar sus planes personales, ya que el Directorio podría enviarle nuevamente a la base de la policía de la Luna, arrancándole a la vida muelle que llevaba ahora.

¡Y todo porque aquel perro de Will resistió estoicamente la tortura!

Se le agrió un poco el humor, pero se calmó poco después, pensando que su antiguo plan, el que había comunicado a Peter y que se interrumpió al cazar a Spencer, podía ser ensayado.

Había pensado cargar una de las astronaves con bombas nucleares, haciendo que la nave de los piratas estallase con ella cuando estos disparasen, creyéndola cargada de sales de uranio en bruto.

Sí, tendrían que estudiar aquel asunto.

Entretanto, el ayuda de cámara había colocado la comida sobre la mesa y desaparecido nuevamente, viendo que su amo estaba ocupado y aparentemente preocupado.

James dejó el periódico sobre una de las sillas de mimbre y se dirigió a la mesa, a la que se sentó, disponiéndose a comer, ya que el apetito no le había desaparecido.

Entonces...

Su alarido llegó hasta las cuadras, haciendo que los caballos levantasen la cabeza, irguiendo las orejas, asustados por aquel grito infrahumano.

El criado corrió velozmente.

—¿Qué le ocurre, señor?

Dunkan se había puesto en pie, alejándose de la mesa y tirando la silla, que ahora yacía detrás de él, volcada.

—¡Mira!

Y señaló la comida.

El ayuda de cámara se acercó, sin comprender, mirando las salchichas que había en el plato.

—No comprendo, señor.

—¡Llévate eso, perro! ¿Cómo te has atrevido a servirme dedos humanos?

—¿Dedos?

—Sí. ¡Míralos! ¡Son los dedos de Will!

Pálido, el criado se llevó la comida apresuradamente, pensando si era conveniente llamar inmediatamente a un médico.

Entretanto, James, junto a la balaustrada, se secaba el sudor frío que perlaba su frente.

—¡Dedos!... ¡Lo había olvidado!... ¿Cómo quiere ese perro que me coma los dedos de Spencer?

Una sequedad horrible le hizo precipitarse sobre la jarra de agua que había sobre la mesa; pero cuando vertió el líquido en el vaso:

—¡Sangre! ¡Ahora quieren que beba sangre! ¡Sangre de los pies y de las manos de Will!

Estaba aterrorizado.

Llamó a voces al criado, que acudió presuroso y turbado.

—Señor...

—¡Llévate esa jarra, estúpido! ¿De qué la has llenado?

—De agua, señor.

—¡Mentira! ¿No ves que es sangre?

El ayuda de cámara recogió la jarra y el vaso y desapareció prestamente.

Una vez en el interior de la casa, se dio cuenta de que no tenía más remedio que llamar a un médico; pero, pensándolo mejor, se dirigió al teléfono y comunicó inmediatamente con el jefe de su amo, al que rogó que viniese enseguida.

Al llegar Peter, Charles le explicó lo ocurrido y el otro frunció el entrecejo.

—Voy a verle. ¿Dónde está?

—Sigue en la terraza, señor.

Quarter salió de la casa, viendo a su amigo que, sentado en una silla, tenía la cabeza fuertemente cogida entre las manos.

—¡Dunkan!

James se sobresaltó, alegrándose su rostro al ver a Quarter. Se levantó prestamente y fue a abrazar a su amigo.

—¡Peter! ¡Qué contento estoy de que hayas venido!

—¿Qué te pasa?

—¡Ese maldito criado! Voy a detenerlo y llevarlo donde recordará lo que cuesta reírse de mí... ¿Sabes que me ha servido dedos humanos y dado a beber sangre?

—¿Estás seguro?

—Sí... ¡Menos mal que has venido tú, Peter! Tengo una sed tremenda y un hambre horrible... Tú no me engañarás, ¿verdad?

—¿Te has vuelto loco?

—Perdona. Tráeme de comer, Peter. Pero hazlo tú mismo, sin que ese canalla de criado se mezcle en nada.

Quarter suspiró.

—Está bien... siéntate y espera tranquillo. No te alteres...

Fue a la cocina, donde Charles le esperaba.

El criado le miró interrogativamente.

—¿Se ha dado usted cuenta, señor?

—¿Dónde está la comida que le serviste?

—Aquí, señor.

Peter vio un apetitoso plato de salchichas que había sobre la mesa.

Sonrió.

—Es posible que se trate solamente de una crisis nerviosa. En efecto, esas salchichas...

Y no dijo más, agregando después:

—¿No hay otra cosa?

—La nevera está llena, señor.

—Veamos.

Eligió unas croquetas, remirándolas después, ya que podía haber la misma confusión que con las salchichas, optando finalmente por colocar en un plato unos cuantos trozos de queso.

—Lléname una jarra de agua.

El criado obedeció.

Después de colocarlo todo sobre una bandeja, Peter salió a la terraza y se acertó a su amigo.

—Aquí tienes tu comida, James.

Dunkan sonrió también; pero al mirar al plato lanzó un nuevo alarido, retrocediendo vivamente.

—¡Dedos! ¡Otra vez los dedos de Will! ¡Y la jarra llena de sangre!... ¡Vete! ¡Vete!

Mordiéndose los labios, Peter se retiró.

Momentos más tarde, cuando abandonaba la casa, un estremecimiento le

recorría la espalda.

Y las palabras de Ruby sonaron lúgubremente en sus oídos:

«Es la venganza de Will, Peter... Ninguno de nosotros podrá escapar...».

* * *

Pat detuvo la astronave en la zona imantada del satélite, descendiendo el primero, mientras sus dos amigos terminaban de equilibrar el astrocohete.

Desposeyéndose de la escafandra espacial en el compartimento estanco del satélite, el joven penetró en «Mystére» y se dirigió directamente al laboratorio.

El profesor estaba sentado en el salón, cerca de la puerta del laboratorio, y parecía tremendamente cansado.

—¡Hola, Pat!

—¿Qué hay, profesor?

—Lo de siempre.

Sumer señaló hacia el laboratorio.

—¿Y Will?

—Preocupado con su venganza. No piensa en otra cosa.

—¿Ha logrado algo?

—Creo que sí, aunque no me ha dicho nada. En realidad, apenas si tengo tiempo de hablar con él, ya que he de preparar sustancias nutritivas sin cesar... ¡Jamás creí que un metabolismo fuese tan gigantesco!

—¿Qué quiere usted decir?

—Que el cerebro de Will consume lo que cien cerebros normales.

—¿Es posible?

—Sí, amigo mío. Ya le digo que llevo noches y noches sin dormir...

Pat frunció el entrecejo.

—¿A qué es debido ese metabolismo tan extraordinario?

—Al trabajo formidable del cerebro de Will, que creo está en comunicación constante con la Tierra.

—¿Cómo es eso posible?

—Por la acción del «fosfoactivón». Indudablemente, Will poseía ya un cerebro privilegiado y posiblemente telepático. Mi sustancia no ha hecho más que exacerbar, aumentar esos poderes de los que él se sirve ahora para llevar a cabo su venganza.

Sumer miró al profesor.

El rostro de Collins estaba pálido, delgado y las arrugas habían aumentado considerablemente en su rostro.

—Tendrá que descansar, señor.

Robert sonrió.

—No puedo, Pat. Si dejase de alimentar el cerebro, Will se vería incapacitado para proseguir su labor.

—¡Pero eso no es óbice para que usted descanse!

Y como el profesor no dijese nada, Pat anunció:

—Voy a verlo. Tengo ganas de hablar un momento con él.

Pasaron al laboratorio y Pat contempló aquella masa grisácea que flotaba en su líquido nutritivo. Como siempre, Sumer experimentó una sensación indefinible ante aquel trozo de materia humana, en la que, a pesar de todos sus esfuerzos, no podía ver nada que se pareciese o le recordase a su amigo Will.

Se acercó al micrófono.

—¡Soy yo, Will!

—Ya te he visto.

—¿Cómo estás?

—Maravillosamente bien. Nunca me encontré mejor.

—Hemos liquidado otro astrocargo, con más de dos mil toneladas de uranio...

—¡Estupendo!

—¿Y... tus asuntos?

—¿A qué te refieres?

—A tu... venganza.

El cerebro tardó en contestar.

—No quería decir nada, Pat; pero creo que ya es hora de que te vayas informando de lo que he logrado... ¡Qué maravilloso poder el mío!

—¿Qué quieres decir?

—Que jamás pude imaginar que lograse poseer una potencia como la de ahora... ¡Estoy por encima de los humanos, esos gusanos deleznables, Pat! Penetro en sus mentes y hago en ellas lo que quiero, gobernando sus deseos, sus pasiones, sus más recónditas ideas...

—¿Estás seguro de que eso no es demasiado peligroso, Will?

—¡En absoluto! ¡Dominar es lo que todo hombre desea, Pat! Y cuando se logra un poder como el mío nada es comparable... ¡Si viviese otra vez, como uno de vosotros, ordenaría al profesor que me sacase el cerebro y me diese ese poder que me hace el más fuerte de los hombres.

Pat se sentía intranquilo.

—¿Sabes lo que ha pasado allá abajo, Pat?

—¿A qué te refieres?

—A la Tierra. Dejamos allí unas cuentas por saldar, que ya se están empezando a pagar.

—¿Has hecho algo?

—Sí. Ruby se ha convertido, en unas horas, en una criatura horrible, que no se atreve a mirarse a un espejo.

—¿Qué le ha pasado?

—Su cuerpo se ha cubierto de placas purulentas y sus hermosos cabellos, ¿recuerdas sus cabellos, Pat?

—Sí, los recuerdo.

—Ya no los tiene, amigo mío. Los ha perdido todos.

Sumer se estremeció.

—Dunkan también ha empezado a pagar... Toda la comida que le presentan la rechaza horrorizado. Igual le ocurre con la bebida.

—¿Por qué?

—Porque cree que la comida está exclusivamente compuesta por los dedos que me cortó y que lo que le dan a beber es la sangre de mis heridas...

—¡Qué horror!

—Sí, Pat... Es horroroso para ese hombre, pero lo merece tanto que no puedo evitar, cuando entro en contacto con él, reír a carcajadas.

—¿Cómo has logrado eso?

—Por telepatía, penetrando en sus cerebros y creando imágenes nuevas.

—¿Y lo de Ruby?

—Eso ha sido distinto. He desencadenado una descarga psicosomática, provocando una descamación con pus aséptico, aprovechando simplemente la existencia de una fuerte tensión del subconsciente...

—Comprendo.

—Estoy muy contento, Pat. Pero lo estaré mucho más cuando me dedique exclusivamente a Peter.

—¿Qué vas a hacer?

—Eso es un secreto... que te contaré más tarde. Ahora...

Su voz se debilitó, pero gritó, casi enseguida:

—¡Profesor!

Desperezándose, ya que estaba medio dormido, Collins acudió presuroso:

—¿Qué quiere, Will?

—¡Dese prisa! ¡Quiero más alimento! ¡Más fosfoactivón!

—¡Voy, Will!

El viejo empezó a trabajar y el silencio se vio cortado solamente por el ruido de las probetas al chocar con los alambiques y matraces.

—¡Date prisa, viejo imbécil! ¿Has olvidado lo que me debes?

Pat se estremeció.

Silenciosamente, sin hacer el menor ruido, salió del laboratorio.

Su rostro reflejaba una tristeza infinita.

CAPÍTULO IX



LGUIEN golpeaba salvajemente la puerta de la entrada de la casa de Peter y éste, que estaba padeciendo los horrores de una escalofriante pesadilla, se levantó sobresaltado, sentándose sobre el lecho.

—¡Abre! ¡Abre!

Era la voz de Dunkan.

Incorporándose, temblando, Quarter abrió la ventana que daba al jardín, lanzando una mirada hacia abajo, donde, envuelto en la luz del farol que pendía de la puerta, Dunkan seguía golpeando frenéticamente la puerta.

—¡Abre! ¡Abre!

—¿Qué quieres, James?

El otro levantó la cabeza, mirando con sus ojos brillantes a su jefe.

—¡Quiero comer! ¡Quiero beber! ¡Me estoy muriendo, de hambre y de sed!

—No puedo hacer nada por ti.

—¡Sólo me dan dedos y sangre, Peter! ¡Ten piedad de mí!

Quarter se estremeció.

Ahora empezaba a sentir miedo, a darse cuenta de toda la razón que había en aquellas terribles palabras de Ruby.

—¡Vete de aquí! —aulló.

—¡No! ¡Has de darme de comer!

—¡Vete!

James lanzó una carcajada demente.

—No me iré —dijo silabeando cada palabra—. Will me ha dicho que puedo comer tu carne y beber tu sangre... ¡Abre!

Los ojos de Peter se desorbitaron.

Cerró la ventana y se precipitó al teléfono.

—¡Póngame con la policía!

Y una vez tuvo a uno de sus subordinados al otro lado del hilo:

—¡Oiga, Walter!

—Diga, señor.

—Mande unos hombres inmediatamente a mi casa. A la puerta está Dunkan, que ha perdido, desgraciadamente, la razón. Llévenselo y enciérrenlo en un lugar seguro.

—A la orden.

Se sentó él al borde de la cama.

Los golpes arreciaban y los gritos de James le llegaban nítidamente:

—¡Abre! ¡Abre! ¡Will me ha dicho que sólo tu carne me saciará!

Cuando se llevaron a aquel desgraciado, Peter respiró profundamente, pero no pudo volver al lecho, ya que una horrenda inquietud se había apoderado de él.

Si todo aquello era obra de Will —aunque no comprendía nada—, ¿qué era lo que le esperaba personalmente a él?

Se puso a temblar.

Y así, rendido por el pánico, se quedó dormido, sobre el lecho, hasta que, muy entrado el día, abrió los ojos.

La sensación extraña no la experimentó hasta haberse puesto en pie.

Fue entonces cuando vio, con horror, que las dimensiones de su habitación habían disminuido tremendamente, de tal manera que parecía que las paredes le rodeaban por doquier.

Se frotó los ojos, comprobando después, al abrirlos de nuevo, que las paredes le rozaban casi y, lo que era peor, parecían avanzar inexorablemente hacia él.

Experimentando una sensación de horrible ahogo, se precipitó hacia la puerta, viendo que el pasillo era tan estrecho, que apenas podía ya pasar por él.

—¡Tengo que salir de la casa antes que las paredes me aplasten!

Corrió, en pijama, hacia la salida, pasando por el estrecho espacio que le dejaban los muros, que cada vez estaban más cerca los unos de los otros.

Cuando abrió la puerta del jardín, la esperanza brillaba en sus ojos; pero, al salir, se dio cuenta de que los árboles y las verjas formaban otro estrecho pasillo que, como las paredes de la casa, amenazaban juntarse de un momento a otro.

Lanzó un alarido de horror.

Corriendo, alocado, atravesó el jardín, saliendo al exterior y viendo las calles, que ayer eran aún hermosas avenidas, como estrechos pasadizos, por los que apenas podía escurrirse, frotándose con las paredes de las casas, destrozándose la ropa y arañándose al contacto con la áspera superficie de las fachadas.

Corría.

Mucha gente miró con horror a aquel hombre que, pegado a la pared de las casas, frotándose lastimosamente con ellas, iba corriendo, lanzando extraños alaridos, como una bestia perseguida por algo inconcebible.

* * *

Se había detenido en uno de aquellos horribles pasadizos, experimentando un creciente horror al ver que la distancia que separaba las paredes iba disminuyendo inexorablemente.

La presión ejercida sobre su cuerpo aumentaba por momentos y la respiración era ya fatigosa y difícil.

—¡Peter!

La voz sonaba en el interior de su mente.

Y su sonido era algo que él no podía haber olvidado nunca.

—¡Will!

—Sí, soy yo, Peter... ¿Me recuerdas?

—Sí.

Y después de una angustiosa pausa Peter pidió:

—¡Haz que las paredes retrocedan, Will, por favor! ¡No puedo más!

—Bien. Voy a separar las paredes un poco, lo justo para que puedas seguir respirando.

—¡Gracias, Will!

Las paredes se entreabrieron un poco y Quarter respiró glotonamente el aire que penetraba profundamente en sus pulmones.

—¡Gracias! —repitió.

—Espera... sólo lo he hecho para demostrarte mi poder; pero volveré a estrecharlas, hasta aplastarte, si no me obedeces.

—¡Haré lo que me digas, Will!

—Bien. Vas a volver a tu casa y te vestirás decentemente.

—Lo haré.

—Después irás a ver al presidente del Directorio.

—Sí.

La voz interna de Spencer se hizo aguda.

—¡Y lo matarás!

—¿Eh?

—¡Ya me has oído. ¡Tienes que matar a Quarter!

—Pero...

—¡Piénsalo bien, Peter! Si no lo haces, las paredes empezarán a moverse, estrechándose, hasta aplastarte como un gusano.

—¡Eso no! ¡Por favor, Will!

—¿Lo harás?

Hubo un silencio, angustioso.

—Lo haré...

La voz se había apagado en su cerebro y Peter, como un autómata, siguió las calles, ahora mucho más anchas, hasta llegar a su casa. Poco después, ya vestido y con una pistola oculta, salía, tomando el camino del Palacio Presidencial.

—¿Qué desea usted, señor? —le preguntó el uniformado policía que había en la puerta.

—Ver a su Excelencia.

—Voy a comunicárselo.

—Diga que es urgente.

—Bien, señor.

No esperó mucho tiempo. Fue conducido al salón donde Harold Quarter estaba despachando un espléndido almuerzo.

—¿Quieres comer conmigo, Peter?

—No, señor. Venía solamente a comunicarle que deseo volver a la base de la Luna.

El otro le miró, con sorpresa.

—Cómo? ¿No te gusta estar a mi lado?

—No es eso, señor... Pero quiero volver a la caza de los piratas.

El presidente sonrió.

—Eres uno de los mejores servidores que he tenido, Peter. No sabes lo que me agrada oírte hablar así; pero no creas que...

No pudo seguir.

La detonación fue ensordecedora y el presidente, con la cabeza atravesada por un balazo, cayó de espaldas, muerto.

Acudieron criados y policías que, pese a encontrarse ante su propio jefe, convertido en el asesino del presidente, no dudaron en reducirle por la fuerza.

* * *

—«Aquí la Emisora de T.V. Interespacio-3... Suspendemos nuestro programa de información astronáutica para comunicarles, desde la Tierra, que esta tarde ha sido cumplida la sentencia dictada por el Tribunal Especial contra Peter Quarter, exjefe de la policía espacial, que asesinó a nuestro presidente en el día de ayer... Peter ha sido ejecutado en el patio de la Prisión del Directorio, donde el verdugo le ha cortado la cabeza...».

La mano de Pat se alargó, haciendo enmudecer al aparato, cuya pantalla quedó a oscuras.

Luego se secó el sudor.

—Ya ha terminado —dijo.

Lewis asintió con la cabeza.

—Ha sido como una horrible pesadilla. Nunca creí que Will consiguiese hacerlo...

—Pero lo ha hecho. Y es posible que ahora todo vuelva a su cauce.

—¿Qué quieres decir?

—Que Will descansará, tranquilo, y que el profesor podrá hacerlo igualmente.

—¡Ya es raro que Collins no me haya dejado relevarle!

—Es Will quien no ha querido.

—¿Cómo?

—Temía que no manejases los líquidos nutritivos como el profesor. Y, sobre todo, que no dosificasen bien el «fosfoactivón».

Hubo una pausa.

—¿Crees que la muerte del Presidente precipitará la caída del Directorio?

—Evidentemente. Esos granujas tienen los días contados.

—¡Y todo ha sido obra de Will!

—Sí...

—No pareces muy contento, Pat.

—Estoy un poco preocupado. Quiero ver a Will y hablarle... Y voy a hacerlo ahora mismo.

Se levantó y penetró en el laboratorio.

Collins no era más que la sombra de lo que había sido. Sentado en una silla, daba cabezadas, despertándose bruscamente, sobresaltado.

Ni siquiera se dio cuenta de la presencia de Pat, que se acercó al micrófono, mirando con inquietud el cerebro.

—Will.

—¡Hola, Pat! ¿Qué quieres?

—Hablar contigo.

—No debes molestarme. Tengo mucho trabajo.

—¿Trabajo?

—Sí.

—Pero ¿no has terminado ya? El Directorio va a venirse abajo, Peter ha sido ejecutado y todo va a volver a su cauce normal.

—Eso parece, pero mis deseos ahora son muy otros.

—¿Qué quieres decir?

—Que quiero ser yo quien mande desde ahora, Pat. ¿Hay otro cerebro tan potente como el mío en todo el universo? ¡Contesta!

—No, pero...

—Estoy llamado a mandar, Pat. Quiero someter a todos bajo el poder de mi inteligencia superior... ¡Crearé un nuevo Directorio!

—¿Qué estás diciendo, Will?

—Lo que has oído. Tú no perderás nada, ya que pienso que seas mi ayudante... mi brazo ejecutivo... ¡Y ay de los que se nos opongan, amigo mío!

—Debes calmarte, Will. ¿O es que has olvidado nuestros sueños de antes, cuando luchábamos juntos por la libertad de los hombres?

—La libertad no existe, Pat.

—¿No?

—No. La libertad era posible cuando mi cerebro era como el de los demás... No me entiendes ¿eh?

—Tengo que confesar que no.

—Pues es bien fácil... Desde que mi cerebro es capaz de crear, de

inmiscuirse en las mentes de los demás, la libertad no puede ser más que mi propio deseo.

Hubo una pausa y Pat no se atrevió a mirar al cerebro que, unos metros más allá, seguía flotando en los líquidos nutritivos.

—Tengo grandes proyectos. El poder ejercido será tan eficaz, que nadie se atreverá a salirse de los límites que les marquemos... ¡Dueños del mundo, Pat! ¿Te das cuenta?

—Sí.

—Déjame ahora, amigo mío... Tengo que reflexionar mucho... ¡Ah, y di a ese viejo estúpido que duplique la dosis de fosfoactivón!

Pat obedeció, saliendo del laboratorio.

* * *

Estaba decidido.

Se había dado cuenta de que el cerebro de Will, como era natural, había escapado a lo normal, para lanzarse frenéticamente en lo monstruoso.

¿Culpa de Collins?

De ninguna manera.

El pobre viejo estaba acabado y su vitalidad se le iba a chorros. En el estado letárgico en el que se encontraba era incapaz de darse cuenta de hasta dónde habían llegado sus fatales descubrimientos.

Pat se paseaba por los pasillos exteriores del satélite, madurando la idea que había nacido en su mente y que estaba dispuesto a poner inmediatamente en práctica.

¡Tenía que destruir el cerebro!

Había luchado —¡él que apreció a Will como nadie!— contra aquella idea de destrucción, que iba a terminar definitivamente con Spencer.

Pero no tenía más remedio.

Si no lo hacía, la humanidad, que estaba a punto de salir de un estado de horrible tiranía, caería en algo cien mil veces peor. Y eso no podía consentirse.

Ya tenía pensada la manera de terminar con el cerebro, pues, debía obrar con cautela, sin que ninguno de sus dos amigos se percatase, ya que su amistad hacia Will y su falta de visión del problema, podían llevarlos a oponerse a los proyectos de Sumer.

Lewis llegó al pasillo en aquel momento.

—¡Hola, Pat!

—¿Qué hay?

—Pareces preocupado, muchacho. ¿Puedo ayudarte en algo?

—No.

—¿Qué tienes?

—Nada. Ganas de que todo esto termine.

—¿A qué te refieres?

—A la situación en la Tierra. Todavía se defiende el Directorio, aunque, según las últimas noticias, el palacio está cercado por una muchedumbre exaltada.

—Ya lo sé; pero no creo que sea motivo de preocupación, sino de alegría.

—No puedo evitar el nerviosismo.

El otro le puso la mano sobre el hombro.

—Es raro, Pat... Siempre fuiste, excepto Will, naturalmente, el más decidido y tranquilo del grupo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que debes controlar tus nervios... y tus ideas.

—¿Mis ideas?

Los ojos de Lewis le miraron, profundamente.

—Sí, Pat. Will está furioso.

—¿Por qué?

—Porque quieres destruirle.

Sumer palideció, permaneciendo unos instantes en silencio, sintiendo sólo los latidos descompasados de su corazón.

Después, cuando consiguió restablecer su tranquilidad, preguntó esbozando una sonrisa:

—¿Qué clase de locuras son esas, Cameron?

—Eso mismo, locuras. Terribles locuras que han obligado a Will a darme la más penosa orden que recibí jamás.

Y su mano esgrimió un cuchillo que sus dedos cerraban fuertemente.

—¿Qué significa esto, Cameron?

El otro avanzó, fríamente, con una gélida luz en sus ojos azules.

—Debo matarte, Pat... Will lo ha ordenado.

EPÍLOGO

Pat se dio cuenta de que había olvidado lo más importante.

¡El poder telepático del cerebro!

¿Cómo podía haber sido tan estúpido?

Ahora, frente a uno de sus amigos, que avanzaba con el cuchillo en la mano, se percató de que pocas posibilidades tenía de conseguir lo que se proponía.

Pero Sumer no era de los que cedían ante la amenaza.

Durante mucho tiempo, cuando combatió junto a Will, aprendió a luchar denodadamente, sin miedo a nada, plenamente convencido de la razón profunda de la causa que defendía.

Eso le ocurría ahora.

Sabía que la destrucción del cerebro de Will significaba la liberación de la humanidad. Y era algo que bien merecía los peligros que se presentasen y hasta incluso la muerte, si antes de caer se conseguía el noble propósito que le impulsaba.

Saltó a un lado, justo en el momento en que el acero buscaba su carne. Cameron rugió rabiosamente, pero, anticipándosele, Pat consiguió cogerle fuertemente por la muñeca de la mano armada.

Una feroz lucha siguió.

A pesar del cuidado que Pat puso en mantenerse alejado del cuchillo de su adversario, la hoja le rasgó la ropa del brazo derecho, hiriéndole profundamente.

Aquello redobló sus impulsos.

No deseaba hacer daño a Cameron, al que sabía bajo la maléfica influencia del cerebro de Will; pero, desdichadamente, al caer ambos al suelo, el cuchillo penetró en el corazón de Lewis, matándolo en el acto.

Pat se levantó.

Tenía que darse prisa.

Después de lanzar una lastimera mirada al cuerpo de su amigo, sintió que su rabia aumentaba, precipitándose hacia el interior del satélite, dispuesto a terminar cuanto antes con aquella horrenda pesadilla.

¡Pam!

La bala le rozó la cabeza, incrustándose en el muro vecino.

Agachándose, Pat sacó su propia pistola, mirando hacia el dédalo de pasillos que se extendían ante él.

—¡Ríndete, Pat!

Era la voz de Joe.

No había nada que hacer para convencer a Quimper de la locura que estaba defendiendo.

El cerebro de su amigo, como el de Cameron, estaba bajo el influjo del poder de Will.

¡Pam!

Otro disparo.

Pero éste permitió a Pat orientarse respecto al sitio donde se ocultaba el otro, avanzando prudentemente hacia allá.

El silencio ahora era impresionante.

Rozando las paredes, Pat siguió moviéndose, cautelosamente, hasta que, de improviso, se encontró cara a cara con Joe.

Dispararon al mismo tiempo.

El hombro izquierdo de Pat sufrió una violenta sacudida, seguida de una quemazón muy dolorosa; pero Joe corrió con la peor parte, ya que un agujero sanguinolento se formó en su frente, por encima del entrecejo, antes de que se desplomase sin vida.

—¡Qué horror, Dios mío!

No podía culpar a aquellos dos amigos de lo que había ocurrido, sino a la malévola y ambiciosa mente de Will, que pondría, estaba seguro, más obstáculos en su camino.

—¡Adelante! —se dijo.

Cuando llegó al salón, cerca del laboratorio, se extrañó de la quietud y el silencio que reinaban allí.

Desconfiaba de aquella paz.

La puerta del laboratorio estaba abierta y Pat avanzó hacia ella, sobre las puntas de los pies, mirando a uno y a otro lado, seguro que un peligro le estaba acechando.

Empujó dulcemente la puerta.

El laboratorio estaba desierto.

Allá, al fondo, los aparatos del «Cuerpo-Collins» seguían funcionando como siempre y, a un lado, el cerebro flotaba en los líquidos nutricios.

Pat apretó la pistola.

Paso a paso, penetró en la sala, avanzando quedamente hacia las mesas centrales, sin dejar de mirar el cerebro, como si estuviese hipnotizado.

Sin embargo, la sensación de peligro llegó hasta él, obligándole a volverse rápidamente.

No tuvo más que el tiempo de cubrirse la cara con las manos, movido por una intuición maravillosa. Y a disparar, casi a ciegas, al mismo tiempo.

El profesor cayó a sus pies.

Manos, brazos y piernas le ardían, haciéndole llorar de dolor.

Collins le había lanzado un recipiente de ácido con la intención de dejarle ciego. Pero las manos le habían protegido, aunque las quemaduras eran horribles.

Tambaleándose, avanzó decididamente hacia el cerebro.

—¡Nada te librará, Will!

Una carcajada horrenda surgió del aparato.

—¿Estás seguro, Pat?

—Claro que sí... Quisiste algo malo, Will... y, aun sabiendo todo lo que he podido quererte, te separaste de la ruta trazada. Por eso vas a morir. Y ahora será para siempre...

—No lo creo.

Pat extendió la mano armada.

Pero...

¿Qué especie de sopor se estaba apoderando de él? ¿Qué clase de inseguridad crecía en su mente?

—¡Voy a matarte!

—No lo lograrás, Pat —repuso el cerebro.

Y así era, en efecto.

Las fuerzas le iban faltando y la voluntad huía de él, como un pájaro asustado.

—¡Tienes que obedecerme, Pat! ¡Servirme! ¡Tú eres el único que queda con vida y has de darme los líquidos nutritivos y el «fosfoactivón» para que yo pueda ordenar el mundo!

—Lo haré.

—Así me gusta.

Pat se dirigió, mansamente, hacia los aparatos.

—Carga los matraces y pon once gotas de aquel frasco grande que hay en el lado derecho... Obligué al profesor a fabricar «fosfoactivón» suficiente para cien años...

Sumer empezó a coger los frascos que el cerebro le ordenaba haciendo las mezclas con las cantidades que el otro le iba dictando.

—Pásalo ahora a la centrifugadora.

Y cuando estuvo hecho.

—Así. Ahora has de controlar la acidez...

Pat parecía un autómata.

El cerebro continuaba ordenando:

—Coge ahora el viscosímetro...

La pasta nutricia estaba perfectamente hecha, pero el viscosímetro marcaba una cifra un tanto alta.

—Agrega un poco de suero fisiológico. Es el del tercer frasco grande, a la izquierda.

Pat dejó el recipiente de la pasta, alargando la mano hacia los frascos.

Sus ojos, como atraídos por una etiqueta, se clavaron en ella, experimentando como una reacción íntima, un calor que le penetraba todo el cuerpo, haciéndole olvidar el dolor de las quemaduras y heridas.

«Ácido nítrico puro»

Sus dedos se cerraron sobre el frasco, cubriendo con la espalda la zona donde las células fotoeléctricas que servían de ojos al cerebro podían verle.

Un olor fuerte llegó a sus narices al destapar el frasco.

Vertió una buena porción en la papilla, colocándolo inmediatamente después en el estante, junto al del suero fisiológico.

—¡Date prisa, imbécil!

—Sí.

La papilla penetró en los tubos de distribución, empezando a moverse lentamente hacia el cerebro.

—¿Qué hago ahora?

—Esperar.

Se apartó de allí, no atreviéndose a decir nada más; pero sus ojos seguían, como hipnotizados, la marcha de la viscosa papilla a lo largo del tubo de plástico.

Dos metros.

Eso faltaba. Y la marcha era lenta, lentísima, como si la sustancia se complaciese en hacer su tortura más larga.

Un metro y medio.

Los tubos vacilaban bajo el impulso de la sustancia, como si latiesen con una vida propia.

Un metro.

En su recipiente, el cerebro seguía flotando. Algunas burbujas se desprendían de su rugosa superficie.

—¿En qué estás pensando, Pat?

Se sobresaltó; pero reponiéndose contestó:

—En todo lo bueno que hemos hecho, Will. En nuestras aventuras magníficas.

—¡Bah! Todo eso no fue más que una idiotez infantil.

—Yo no lo creo, Will... Éramos muy felices.

—¡Déjate de idioteces, Pat! Además, ¿qué me importa lo que sea de los demás? ¡Yo seré el amo del mundo!

—¿Cómo has podido llegar a ser así, Will?

¡Diez centímetros!

El cerebro no contestó.

—Eras muy diferente, amigo mío... Yo te admiraba como nunca creí que se podía admirar a nadie...

—¿A qué viene todo eso, Pat?

Sumer dudó; pero, incapaz de seguir fingiendo, repuso:

—Ya me es igual, Will. Puedes ejercer tu poder sobre mí, pero ya no hay nada que hacer...

—¿Qué quieres decir?

—Que he colocado ácido en la papilla.

—¡¡No!!

Pat miró hacia el tubo.

¡Sólo faltaban cinco centímetros!

—¡Para eso, Pat! ¡Serás, conmigo, el dueño absoluto del mundo!

—No me interesa, Will.

—¡Haré lo que tú quieras! ¡Olvidaré mis ideas y estaré a tu servicio, seré tu esclavo!

—Es demasiado tarde, Will.

—¡No! ¡No!

—Sí... las sustancias del pobre profesor te han enloquecido, convirtiéndote en un espantoso megalómano... No has dudado en sacrificar la vida de todos tus amigos para obtener ese reinado que nunca lograrás ya...

—¡No me destruyas, Pat! ¡No me destruyas!

La papilla empezaba a penetrar en el recipiente.

—Has hecho mucho bien a la Humanidad, Will, provocando la caída del Directorio y castigando a los que te mataron... ¿Por qué no te detuviste entonces?

—¡Lo haré! ¡Lo haré!

—Tu propia ambición te ha perdido.

—¡Rompe ese tubo, Pat!

—No puedo... Ya no eres un hombre, Will, sino un cerebro, una anormalidad que no puede seguir viviendo... El profesor profanó las leyes de la vida, ya que nadie ha de vivir más de lo que la Providencia le permita...

—¡¡No!!

—Sé valiente, Will. Tu muerte será mucho menos dolorosa que la que has causado a tus amigos y la que yo llevaré siempre en el corazón.

Hubo una pausa.

—¡Ayyyyyy...!

El cerebro se movió, espasmódicamente, en su recipiente; pero aquella desesperada reacción no duró más que unos segundos.

El cerebro se cubrió de manchas negruzcas, quedando después completamente inmóvil.

Pat tardó muchísimo tiempo en salir del sopor que le embargaba.

Limpió sus quemaduras, curó como pudo sus heridas. Y después de colocar una carga en el satélite, lo abandonó, tomando la astronave particular de Will, que puso proa a la Tierra.

Detrás de él, una explosión horrísona abrasó el espacio.

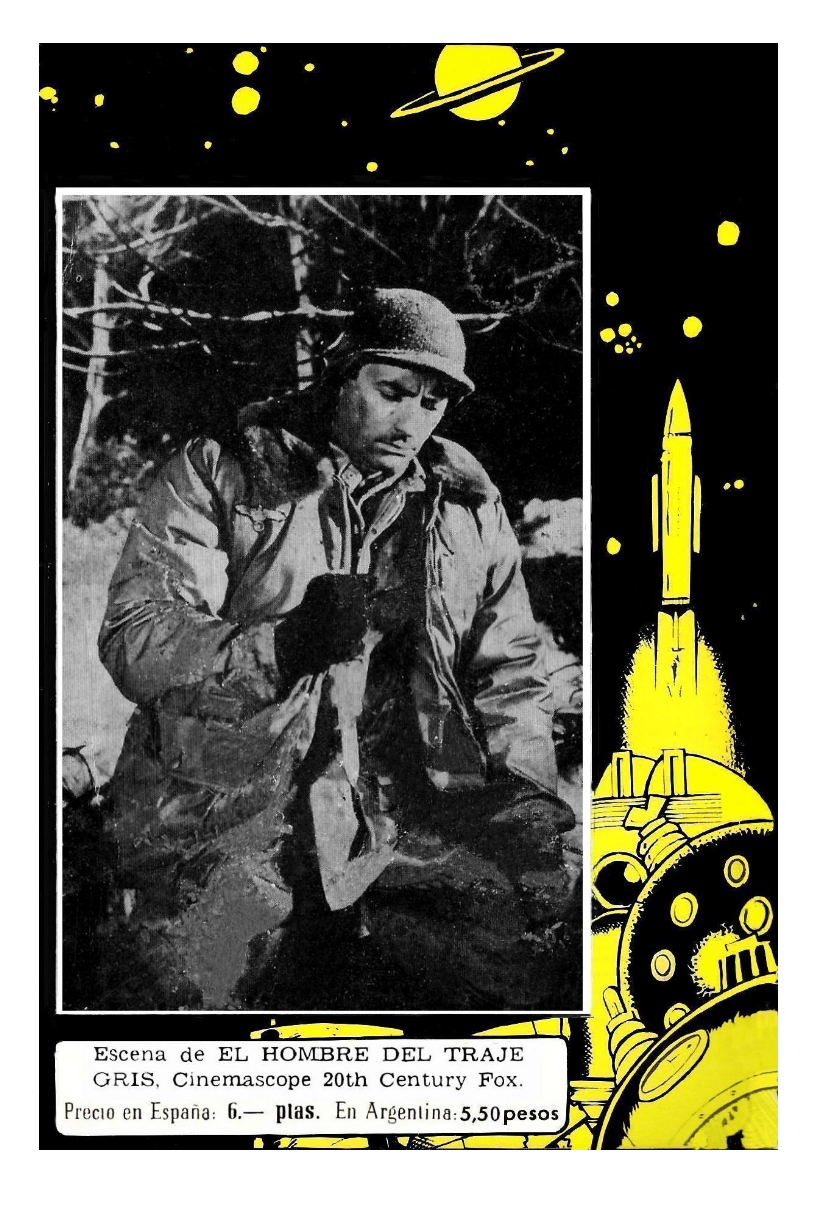
Y Pat, con lágrimas en los ojos, miró hacia el planeta donde la paz había empezado a reinar de una manera duradera...



ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

1. — ¡Cuidado, terrestres!. — *Tom Argo*
2. — Solo un planeta. — *Clark Carrados*
3. — Venganza Cósmica — *Law Space*
4. — «Homo mechanicus». — *Clark Carrados*
5. — «Los visitantes». — *Johnny Garland*
6. — Raza de señores. — *Clark Carrados*
7. — Robinson estelar. — *H. S. Thels*
8. — La fortaleza negra. — *Clark Carrados*
9. — Las ratas. — *H. S. Thels*
10. — Metamorfosis. — *Law Space*
11. — La agonía de los mundos. — *Johnny Garland*
12. — El planeta maldito. — *Law Space*
13. — «Los satánicos». — *Tom Argo*
14. — Pantropia. — *H. S. Thels*
15. — ¡Manda Titán!. — *Law Space*
16. — La sed del átomo. — *Clark Carrados*
17. — La doble batalla. — *Clark Carrados*
18. — Guerra a los termófagos. — *H. S. Thels*
19. — Jinete en el cielo. — *Clark Carrados*
20. — Dimensión imposible. — *Law Space*
21. — Conquistarás la Tierra. — *Clark Carrados*
22. — Dos cerebros iguales. — *Walt G. Dovan*
23. — Trampa en los asteroides. — *H. S. Thels*
24. — Starman (El hombre de las estrellas). — *Clark Carrados*
25. — Regreso al futuro. — *Law Space*
26. — El planeta de los hombres de oro. — *Clark Carrados*
27. — Locura espacial. — *H. S. Thels*
28. — Mundo de paz. — *Clark Carrados*
29. — El fin del Mundo. — *Law Space*
30. — El gran peligro. — *Roy Silverton*

142. — Espía de Sirio. — *Clark Carrados*.
143. — Yo, el monstruo. — *Johnny Garland*.
144. — La reina de las estrellas. — *Clark Carrados*.
145. — La venganza del cerebro. — *Law Space*.



Escena de EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS, Cinemascope 20th Century Fox.

Precio en España: 6.— ptas. En Argentina: 5,50 pesos